

ATENEEO

ORGANO DEL ATENEEO DE EL SALVADOR

— Ubi Scientia, Ibi Patria —

Directores: Prof. JOSE ANDRES ORANTES — Sr. JUAN FELIPE TORUÑO

Redacta: JUAN FELIPE TORUÑO

Tercera época-No. 163

San Salvador, El Salvador, Septiembre de 1944

Año XXXII

De la Dirección

Valoración del Pensamiento

Entre las diferentes reformas que la guerra ha venido promoviendo, se encuentra la del pensamiento. Este ha entrado a la constitución vital, de cosa aplicada y de servicio más positivo, como que se está tratando de construir la verdad palpable, sobre las hipótesis que suministraban abstracciones.

El hombre de hoy, desde antes que obtiene su desarrollo corporal, en la adolescencia ejercita su pensamiento en conceptos acerca del ambiente que lo rodea, de la forma en que debe actuar y de la vida en sus distintas manifestaciones. La atmósfera del mundo imprime en él una diferente característica de la que el hombre tenía antes de la guerra. Ahora, por el acercamiento establecido por medio de la mecánica, mueve sus facultades con más agilidad y tiene otra conciencia del ámbito mundial.

Las facultades del hombre han sido empujadas a un conocimiento mayor de lo que existe dentro y sobre de él, aunque a decir verdad, el mismo hombre, que va descubriéndose en mayor grado, jamás estará lo suficientemente capacitado para conocerse.

Sin embargo de ello, al recorrer el camino del hombre a través de la historia comparativa, se aprecia cómo el ser común ha venido visiblemente evolucionando; que el ser superior siempre ha existido en ayeres y hoyes y existirán como fenómenos que son profundos al escudriñarse.

Volviendo al impulso que la guerra ha dado a las facultades humanas, apréciese cómo lo positivo ha entrado en una realidad que priva en las actividades todas en el mundo.

No se concibe ahora un principio sin un porqué. Se entra en la actualidad a los dominios de las formas con plena convicción de lo que se hará de ellas. El pensamiento activa con precisión matemática y transforma los contenidos en continentes y viceversa, así como tiene presente en todo instante las finalidades que persigue desde que trabaja ejercitando cualquiera de sus atributos.

Hasta las esencias infusas trata ahora de vitalizarlas valiéndose de medios mecánicos y arrancando poderes a lo que antes era misterio.

No obstante, en esto que se llama despertar de nuevos días, ¿el avance facilitará al ser un algo más para sentirse menos fatigado y menos acuciado por sus propios impulsos? ¿Será posible que con las ayudas que ahora tiene el hombre pueda conquistar grados de tranquilidad y armonía? No será posible, puesto que las complicaciones se acentúan, precisamente, con los descubrimientos que hace en sus constantes investigaciones.

Son mayores las urgencias cada día. Obligado a mantener en utilidad lo que conquista, sus preocupaciones se ensanchan.

La vida misma está indicando que sobre de la tierra no se podría obtener lo que tanto se anhela. La vida, para sostenerse, necesita de abastecerla conforme a los grados de evolución y conforme lo que se utiliza y que ya viene a ser necesario en ese mismo engranaje forjado por el hombre.

La sociabilidad se vitaliza. La coordinación tiene que ser utilitaria y en las relaciones, si esa utilidad no está de por medio, tiene que haber un aislamiento y la desconexión surge, como una consecuencia de inadaptabilidad.

El pensamiento vital ha substituido hasta al mismo pensamiento aplicado y ya no digamos al pensamiento puro. Y pensamiento vital, quiere decir acción, ejecución, hecho, pareciendo así que los músculos piensen al ejecutar.

La razón existencial, más que nunca, se busca en el porqué de ella, en el ir de ella y en la resultante de ella. No se explican ahora los conceptos que ambulan sin tener vida. Y vida conceptual o conceptiva, es provecho o perjuicio, poder actuante, volición impulsiva y dominadora.

La guerra, así, ha dado un viraje a las proyecciones que el pensamiento ha tenido, como fuerza indicadora. Tornándola en material fuerza actuante, recoge la naturaleza misma de los objetos y sujetos y los hace visibles y palpables.

Y todo porque el hombre busca lo que no ha podido encontrar. Y porque se ha venido creando mayores necesidades al desear comodidades. La vida en esta forma, está dando lo que en sí mantiene, permitiéndole a los hombres que la expurguen, la atrapen, le saquen el provecho que ella pueda dar, ya que en sus tesoros no existe lo inagotable y porque los supremos poderes están ahí listos para que sean utilizados por el hombre parte integrante de aquella fuente de incomprensibles e inextinguibles riquezas.

Lutoslawski y las Theasias

POR FRANCISCO ROMERO

Para «ATENEEO»

La marcha de la filosofía en Polonia durante los últimos tiempos guarda estrecha relación con el singular destino histórico de ese pueblo. Lutoslawski resume así la situación: «Hasta fines del siglo XVIII, puede decirse que la filosofía católica fué la única que se enseñó en los institutos superiores. Después del reparto, al quedar Polonia, país de arraigada fe católica, sometida a dos naciones de diferente religión, su catolicismo ganó en intensidad y Polonia vino a ser la única comarca donde hubo persecuciones religiosas durante la segunda mitad del siglo XIX, con el resultado de que la creencia llegó a fundirse con el sentimiento nacional. Esto explica la fiel adhesión al catolicismo de muchos entre los más significativos polacos, que halló una de sus expresiones en la fundación de la Universidad católica de Lublín en 1918. Como reacción contra el largo y no compartido imperio de la filosofía católica, sobrevino la dirección cuyo iniciador fué el astrónomo Jan Sniadecki (1756-1830) y que suele denominarse el «positivismo polaco»: corriente que fué creciendo después de 1863, cuando los fracasos

políticos arrebataron a muchos toda esperanza de liberación. En cambio esta esperanza se constituyó en uno de los motivos capitales del «mesianismo», contrapuesto al positivismo y que procuraba respaldarse en el catolicismo mediante su peculiar interpretación de dogma: la mayor parte de los mesiánicos eran también católicos». Si se agregan a estos movimientos

los seguidores de los grandes filósofos contemporáneos, sobre todo alemanes, y los tratadistas de distintas especialidades filosóficas, tendremos el cuadro esquemático de la filosofía reciente en Polonia.

Entre estas corrientes, todas las cuales cuentan con pensadores considerables, la mesiánica se destaca por su originalidad, y sin duda ha sido una de las más vigorosas afirmaciones de la conciencia nacional polaca, una de las protestas del alma colectiva en medio del desgarramiento político. El mesianismo es un movimiento múltiple que se desenvuelve en varios planos y cuenta con abundantes teorizaciones, tan ingeniosas como arriesgadas, y sobre todo con una notable carga de emoción, o, mejor dicho, de pasión; el occidental, intelectualista y crítico, no debe olvidar ante él que es una expresión del espíritu eslavo, y acaso deba recurrir para entenderlo a sus recuerdos de Dostoievski. En su elaboración han intervenido puros filósofos, místicos y poetas, sumándosele además elementos de muy diversa procedencia pero de intención coincidente. Aspira a la unión política de los pueblos, a la colabo-

ración y concordia de los grupos sociales, a la conciliación de los credos cristianos y a la superación de los contrastes entre la religión y la ciencia. En la realización de este grandioso y utópico programa atribuye el papel principal a las naciones, concebidas como entidades espirituales en las que se manifiesta la gracia divina. El nacionalismo mesiánico, así como en lo externo tiende a una integración internacional, se declara en el régimen interior adversario de cualquier purismo racista y sostiene que toda auténtica nación se constituye por la comunión de pueblos, diferentes en un mismo ideal, en una misión nacional. Los pueblos, unidades naturales, viven en pugna entre sí a causa de intereses encontrados o por el mero odio al vecino. Las naciones están destinadas por su propia índole a la cooperación y la armonía, porque en cada una encarna un destino providencial y a cada una toca una función peculiar e intransferible. Entre esas misiones nacionales hay una de sentido excepcional, que los mesiánicos asignan a su patria. Para que las naciones inicien una nueva vida y se dispongan a una coordinación superior, es necesario que una de ellas, una nación verdadera —amalgama de pueblos fundidos en una aspiración idéntica—, les señale la vía y asuma el papel de salvador, de Mesías; una nación que, como el Cristo, haya padecido opresión bajo poderoso y haya resucitado en plenitud de gloria.

El mesianismo debe sus primeros impulsos a Hoené-Wronski (1771-1853), curiosa mezcla de pensador y visionario, primeramente oficial de artillería en el ejército del héroe nacional Kosciusko, que residió en Francia la última parte de su vida, en la que no faltaron extrañas aven-

turas, entre ellas el «descubrimiento de lo absoluto», en Marsella, y una larga polémica seguida de un extravagante proceso, en París, con su discípulo Arson, al que, a su vez, según sostenía, había revelado lo absoluto. Entre los representantes actuales del mesianismo, acaso el de mayor magnitud y desde luego el más notorio por muchos motivos es Wincenty Lutoslawski.

Por su formación y por el radio de sus actividades intelectuales, de todo punto extraordinarias por la intensidad y la dispersión, pocas figuras más universales que la de este patriarca filósofo del nacionalismo polaco. Nacido en Varsovia en 1863, hijo de un noble terrateniente, su primera educación, en el dominio paterno, corre a cargo de preceptores franceses y alemanes. Estudia luego ciencias, idiomas (entre ellos el español), literatura, historia, filosofía, junto a maestros eminentes, algunos de reputación mundial, como el químico Ostwald, el romanista Gastón París, el filósofo alemán Teicmüller. Viaja en diferentes épocas por muchos países. Indaga y escribe sobre asuntos diversos y en idiomas varios. Su primer trabajo, sobre química, aparece en alemán. Tras investigaciones en la Escuela de Altos Estudios, de París, publica en francés un trabajo sobre la leyenda de Tristán; se traslada a Inglaterra y durante algún tiempo es adscrito al British Museum. Se gradúa de filosofía en Dorpat con un escrito en alemán sobre filosofía política. Su obra capital, sobre la lógica de Platón, redactada en inglés, la termina durante una larga residencia en un solitario villorrio de Galicia, no lejos de La Coruña, y a poco se doctora en la Universidad de Hel-singsors con una disertación en ale-

mán sobre el individualismo. Aparecen artículos suyos en revistas polacas, germanas, italianas, francesas, inglesas, españolas, norteamericanas. ... Entre 1882 y 1929 ha ocupado la cátedra, con conferencias y cursos, en una prodigiosa cantidad de ciudades, desde San Petersburgo y Moscú a Madrid y Coimbra, desde Londres y París a Jerusalén, desde Estocolmo y Leipzig a Detroit y Sacramento. En 1900 inició su docencia regular en Cracovia, interrumpida a fines del mismo año por haber sostenido el derecho de su patria a la independencia, lo que le suscitó un conflicto con el gobierno austriaco. La primera guerra mundial lo despojó de sus rentas y propiedades y debió atenerse al producto de sus escritos y cursos fuera de su país, sin dejar de trabajar mientras tanto en favor de la causa nacional. Sobrevenida la paz y la autonomía de Polonia, fué designado profesor de filosofía en la renovada Universidad de Wilno, jubilándose en 1929.

Sus andanzas españolas merecen recuerdo aparte. Antes de su retiro de tres años en Galicia, en la aldea ribereña de Mera, ocupado en la preparación de uno de sus libros, ya había visitado España y Portugal en 1886 y 1887. Era la época de la gran renovación filosófica emprendida en Alemania bajo el signo de Kant; se procuraba restaurar la filosofía sobre las ruinas del positivismo mediante la aplicación del método riguroso de la *Crítica de la razón pura*. Vaihinger, con un grupo de neokantianos entusiastas, fundaba los *Estudios kantianos*, la magnífica revista que después de cuarenta y tantos años de vida en los que fué uno de los mayores órganos del pensamiento, vino a naufragar como tantas otras empresas de su índole

en el torbellino de los últimos años. Lutoslawski recibió el encargo de redactar para el primer volumen, sobre el terreno, un informe acerca del kantismo en España, y se documentó a conciencia, mediante entrevistas con profesores y rebuscas en las bibliotecas. El resultado, escasamente favorable para el nivel de los estudios filosóficos en España, quedó registrado en un artículo que cobra por momentos el tono vivaz y episódico del reportaje, donde al mismo tiempo que se establecía la precaria repercusión de Kant en la mente hispánica se trazaba un animado cuadro de ciertos sectores de la vida intelectual madrileña, con más de una instantánea sumamente instructiva. En Portugal trabó amistad con Teófilo Braga y en Madrid con Campoamor; también en Madrid conoció a una joven con quien poco después contrajo matrimonio, una escritora cuyo nombre han de recordar muchos lectores de «La Nación» porque colaboró más de una vez en estas columnas: Sofía Casanova. Lutoslawski llegó a dominar el español con una perfección rara; nadie podría descubrir al extranjero en una página de su mano. Hace unos diez años se interesó bastante por nuestras cosas. En el intercambio con un corresponsal argentino, le solicitaba ansiosamente libros que reflejaran la vida y costumbres de nuestra tierra: leyó unas cuantas novelas argentinas y hasta requirió un léxico de argentinismos que le permitiera superar las dificultades idiomáticas de los libros de Benito Lynch, y llegó a ofrecerse para servir de introductor a nuestros autores en su país. «Si el jefe de esa librería — escribía, refiriéndose a una especializada por entonces en ediciones de libros argentinos — quisiera sacri-

ficar una o dos docenas de volúmenes para hacer conocer a esos escritores en Polonia, podría yo escribir un estudio en polaco sobre ellos». Y filosóficamente agregaba: «Naturalmente, eso no aumentaría la venta».

En el segundo congreso polaco de filosofía, celebrado en Varsovia el año 1927, Lutoslawski se hizo presente con una exposición titulada: «Una clasificación de las theasias». Lutoslawski denomina «theasias» a las concepciones de la realidad. El tema es de los que más preocupan al pensamiento contemporáneo, hasta el punto de que parece ya casi imposible desentenderse de él. Las opiniones de Dilthey sobre las concepciones del mundo, su reducción de todos los puntos de vista a tres fundamentales: naturalismo, idealismo objetivo, idealismo voluntarista, han sido repetidamente expuestas y comentadas y son de sobra conocidas. Es muy probable que el interés de Dilthey y el de Lutoslawski por el problema reconozcan el mismo origen, idéntica incitación primera. Hacia el promedio del siglo pasado prestó cierta atención a la cuestión de las concepciones del mundo el filósofo alemán Trendelenburg, que ejerció en su tiempo gran influencia y cuyos principales discípulos fueron Dilthey y Teichmüller, éste a su vez maestro de Lutoslawski y también preocupado por el problema. No es aventurado, pues, hacer remontar a la misma fuente —Trendelenburg— el empeño de ponerse en claro sobre el asunto tanto en Dilthey como en Lutoslawski, de manera inmediata para el primero, y para el segundo por la mediación de Teichmüller.

En opinión de Lutoslawski, el número de theasias (o concepciones

de la realidad) es limitado. Su variedad depende de aquello que el sujeto percibe o conoce efectivamente y que identifica con la totalidad de lo existente y del nivel intelectual del sujeto mismo. Para la mayoría de los hombres, las sensaciones llegadas del mundo exterior o de sus propios órganos corporales constituyen el contenido principal de la conciencia; de ahí son llevados, por una falsa generalización, a sostener que todo lo que existe es objeto de sensación, y a considerar como realidad única aquello a que la sensación se refiere: la materia. El materialismo es la theasia más antigua y también la más difundida. De la dificultad de aprender inmediatamente el objeto de la sensación, de la necesidad de interponer conceptos tales como los de espacio, tiempo, movimiento, masa y forma, nace la segunda theasia por una generalización igualmente errada, que antepone los conceptos a las sensaciones y ve en las ideas, esto es, en los conceptos tomados por ellos mismos y como desprendidos del sujeto, la realidad suma: esta concepción es el idealismo, que lucha sin tregua con el materialismo. La tercera theasia nace cuando el sentimiento predomina tanto sobre la sensación como sobre los conceptos; cuando triunfa la aspiración emocional a la unidad del ser, a la identificación de sujeto y objeto: tal unidad, y no los miembros que la integran, a la que se otorga un sentido en cierto modo religioso, se convierte en la realidad. Esto es el panteísmo, síntesis de materialismo e idealismo. Esas tres theasias —que Lutoslawski denomina «paganas»— coinciden, según él, en un rasgo positivo: la afirmación de una realidad verdadera e indestructible, contrapuesta al juego efi-

mero de las apariencias, de los fenómenos, y en el rasgo negativo de rechazar los tres dogmas de toda religión: Dios, el alma y la libertad. Si todo es materia, no existen Dios ni el alma y el conjunto está regido sin excepción por una necesidad mecánica; si las ideas son todo, Dios y el alma son también ideas entre las que impera un enlace lógico necesario; si el universo es la única realidad, ni Dios ni el alma existen por sí y separadamente. A estas tres theasias se opone la del espiritualismo, conforme con la experiencia religiosa y expuesta ya por Platón en la última fase de su pensamiento, pero que sólo se desenvuelve plenamente gracias a Deacartes, Malebranche y muchos pensadores franceses más recientes, como Maine de Biran, Ravaisson, Lachelier, Renouvier y Boutroux. Un nuevo motivo de la conciencia aparece en la filosofía francesa, la voluntad, que se sirve de las sensaciones, los conceptos y los sentimientos para la obtención de sus propósitos: elemento individualizador que establece diferencias irreductibles entre las almas y que es reconocido como núcleo de la conciencia por los individualistas modernos, particularmente en Francia y en Polonia. El espiritualismo lucha sobre todo contra el panteísmo y de esta pugna brota otra concepción que es síntesis de ambos, el misticismo, que nace cuando al hallazgo de la propia alma sigue el hallazgo de Dios. En este punto la teoría de las concepciones del mundo de Lutoslawski desemboca en el mesianismo, porque afirma una sexta theasia, la postrera y definitiva, que a la experiencia o revelación del alma y de Dios agrega la de la nación.

Cada nación, para Lutoslawski, tiene una misión que le viene de Dios, y la suma de estas misiones nacionales, cuando sean comprendidas, traerá el reino de Dios sobre la tierra, funcionando cada nación como particular instrumento u órgano en el complejo de la humanidad regenerada y unida. El mesianismo es, pues, de alcance universal, ecuménico, y su fin es encaminar las naciones hacia su destino trascendente en armonía y concordia.

Es evidente la marcha dialéctica en la doctrina de las theasias, que componen dos triadas perfectas, bien que dejando suelto el último eslabón. Pese al cariz hegeliano de la serie, Lutoslawski no se acuerda, o no quiere acordarse, de Hegel, como también se olvida de su antiguo maestro Teichmüller. La verdad es que Lutoslawski había roto hace tiempo los lazos que en otra época le ligaron al pensamiento alemán. Wladimir Szykarski, que encabezaba en Lituania un movimiento espiritualista bajo la advocación de Teichmüller, preguntó alguna vez a Lutoslawski si es que hacía responsable del reparto de Polonia a la filosofía alemana. Ignoro la respuesta de Lutoslawski. De cualquier modo, aparte de los motivos políticos, el filósofo polaco estaba demasiado persuadido de la peculiaridad nacional de su pensamiento para no pasar por alto cualquier influjo extraño. Así escribía en 1933 a su corresponsal de Buenos Aires: «En cuanto a mis escritos, temo que sea imposible para ustedes entenderlos sin una gran paciencia que permita leerlos una docena de veces. Es un pensamiento tan lejano del latino como del germánico.

Orígenes de San Salvador, Cuzcatlán

Por JORGE LARDE

CAPITULO V

Sucesos de 1528 – Establecimiento de San Salvador en el Sitio de La Bermuda

(Continuación)

La Villa de San Salvador, sin asiento fijo en los años de 1526, a 1528, luchaba con los pueblos indios de la comarca, adquiriendo con ello, naturalmente, conciencia de su personalidad, y daba origen a la nueva población habida por intrépidos europeos en las indias más hermosas, o más bellas o mejor constituidas y más llenas de vida que había en la comarca.

San Salvador se desarrollaba así, sin asiento legal determinado desde el día en que los bravos cuzcatlecos los habían arrojado del valle de Cuzcatlán en 1526.

En 1527 tomó posesión del cargo de Teniente de Gobernador y Capitán General, en sustitución de su hermano, don Jorge de Alvarado, y una de sus principales preocupaciones fue organizar la colonia, que don Pedro en 1526, al partir para México había dejado medio desorganizada, y a los pueblos indios en armas en contra de los españoles.

Pedro de Alvarado dejaba, al partir, fundadas dos colonias de españoles: Santiago de Guatemala y San Salvador de Cuzcatlán; pero a con-

secuencia de las sublevaciones indias, Santiago no estaba ya en Guatemala sino en Olinstepeque (Xepau) y San Salvador no se encontraba ya en Cuzcatlán, sino por el Lempa, por Suchitoto, y ambas poblaciones carecían de asiento legal y apropiado para su desarrollo. Don Jorge se encargó de ésto, dando asiento a Santiago el 22 de noviembre de 1527 al pie de Hunaphú, y a San Salvador el 1o. de Abril de 1528 en el sitio llamado años después de la Bermuda o de la Bermuda.

El establecimiento, impropriamente llamado fundación, de San Salvador en la Bermuda el 1o. de abril de 1528 consta en diversos documentos entre los cuales el más conocido es el de Juarros (Comp. de la Hist. de Guat.) quien dice así:

«La capital (del partido de San Salvador), que lo es también de toda la Intendencia, es la ciudad de San Salvador; está situada en trece grados y 35 ms. de lat. bor. y en 288 log. en un ameno valle circunvalado de frondosas sierras, que al Noreste terminan en un volcán, cuyas erupciones han causado grandes estragos:

a este paraje se trasladó diez o doce años después de su erupción, pues al principio estuvo en un lugar que llaman La Bermuda. Se fundó con el título de villa el año de 1528, por orden de Jorge de Alvarado, Teniente de su hermano don Pedro, con el fin de tener sujeta la provincia de Cuzcatlán».

«Llegaron a Cuzcatlán los españoles que envió don Jorge de Alvarado a fundar la referida villa, que todos eran de la primera nobleza de Guatemala, a fines de marzo de 1528, y escogido el sitio para plantar la población el 10, de abril de dicho año establecieron la villa de San Salvador, tomando posesión de sus empleos los oficiales nombrados por Jorge de Alvarado: Diego de Alvarado, Justicia Mayor y Teniente de Capitán General en toda la provincia; Antonio de Salazar y Juan de Aguilar, Alcaldes Ordinarios; Pedro Gutiérrez y Guiñana, Santos García, Cristóbal Saluego, Sancho de Figueroa, Gaspar de Zepeda, Francisco de Quiroz, Pedro Núñez de Guzmán, Regidores; Alguacil Mayor, Gonzalo Ortiz, Visitadores de la Provincia, Gaspar de Zepeda y Francisco de Quirós; y Procurador de la Villa Luis Hurtado».

Eso informa Juarros a fines del siglo XVIII; mas hay otros dos cronistas anteriores que dan más o menos los mismos datos, y son Vásquez, en la citada Crónica, que escribe a fines del siglo XVII, y Remesal, que escribió su «Historia de la Prov. de Chiapas y Guatemala, a fines del siglo XVI.

Vásquez dice lo siguiente:

«No es este el sitio, el que primero tuvo la ciudad, sino el que llaman de La Bermuda, donde hasta estos tiempos hay rastro de haberle poblado allí y conservándose algunos años

la villa de San Salvador. Pero no me persuado que fuesen tantos, como algún escritor dice, y tengo para mí que aún no llegaron a veinte los que allí estuvo. La razón que motiva pensarlo así es que ninguno hay que llame Ciudad de La Bermuda, sino villa de La Bermuda, y asentado esto, no pudieron llegar a 20 los años que allí estuvo la población de San Salvador, porque a los quince de su fundación tuvo el Título Real de Ciudad, como ya veremos».

«Concedióle el título de Ciudad el señor Emperador Carlos V por una Real Cédula (que el original se guarda en el archivo de aquella ciudad); su fecha en Guadalajara a 27 de septiembre del año de 1543, y por lo actuado de aquellos años inmediatos, parece que no llegó tan aína el privilegio, porque en los autos de los dos años siguientes se llama la villa de San Salvador».

Por eso se ve, que para la fundación de La Bermuda da la fecha de 1543 - 15 - 1528.

Remesal, que es el mejor informado y el más antiguo de los tres, dice lo siguiente (L. IX, Cap. III):

«Dió orden (Jorge de Alvarado) para tener sujetas y de paz a la Provincia de Cuzcatlán, que era una de las más ricas y principales de la Gobernación de Guatemala, que ella se hiciese una población de españoles a la que dió por nombre villa de San Salvador, dejando a la voluntad y al albedrío de los oficiales que enviaba, la elección del sitio más conveniente que les pareciese para asiento del lugar. Eran muchos y muy nobles los españoles que salieron de Guatemala para esta jornada, que la fama de las ripuezas de la Provincia, así en frutos de la tierra como en minas se cebó y obligó a dejar la apacible vivienda de Santiago de Guatemala

e irse a tierra no vista»

«Llegaron a Cuzcatlán y escogido el sitio para la nueva villa de San Salvador (que les duró hasta el año de 1575 en que se pasó al que ahora tiene), el primero de abril de mil quinientos veintiocho, edificadas algunas casas hicieron forma de comunidad y república, y los oficiales de ella, nombrados por Jorge de Alvarado, ejercieron sus oficios. Tomaron la posesión de ellos Diego de Alvarado, de Justicia Mayor y Teniente de Capitán General en toda la Provincia; Antonio de Salazar y Juan de Aguilar, de Alcaldes Ordinarios; venían nombrados por Regidores, Pedro de Sancho de Figueroa, Gaspar de Zepeda, Francisco de Quirós y Pedro Núñez de Guzmán; venía por alguacil mayor, Gonzalo Ortiz; por visitadores de la Provincia Gaspar de Zepeda y Francisco de Quirós y por tenedor de bienes de difuntos Antonio Bermúdez».

Este mismo día todos juntos y unánimes y conformes dieron advocación a la Iglesia y la dedicaron a la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Tres personas en una esencia divina; pareciéndoles que con esto tenían inmediatamente a Dios por protector y amparo».

Como se ve, los antiguos escritores empiezan la historia de San Salvador con su fundación, o mejor dicho, establecimiento en la Bermuda el 1o. de abril de 1528, en la fecha conmemorativa del tercer aniversario de la primera e indudable fundación, la verdadera fundación, hecha en Cuzcatlán (en donde hoy está). La razón de ello es sencilla: no se han conocido ni se conocen las actas del Cabildo de San Salvador anteriores a 1528, habiendo algunos de los antiguos cronistas (Vásquez) que no conocieron sino alguna pequeña parte (9 fojas) de las actas de ese Cabildo.

Ese es uno de los motivos por el cual los antiguos cronistas o historiadores «casi no hablan de la fundación primera de San Salvador; ignoraban que la «verdadera fundación fué la de 1525»; no creían, (no podían creer) que una villa legalmente constituida existe, aunque cambie su residencia de un lugar a otro. La existencia de una sociedad es independiente de su asiento, y por lo tanto, la verdadera fundación es la del 1o. de abril de 1525, y no su establecimiento en la Bermuda en el tercer aniversario de su fundación, el 1o. de abril de 1528.

II

Que el establecimiento de San Salvador en la Bermuda fué el de 1528 (y no el de 1525) lo prueba el hecho de que en 1530 la villa estaba todavía allí, cerca de Perulapán y Suchitoto.

A este respecto, «don Antonio de Herrera, cronista mayor de S. M. de las Indias y su cronista de Castilla», en su obra publicada en 1600 e inti-

tulada: «Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano», hablando de la expedición de Estete a San Salvador, en la Década III, Lib. VII; Cap. V., año 1530, pag. 166, dice:

«...Pidió (Estete) que le recibieran por Capitán y Gobernador, ofreciendo si lo hacían de no tomarles por indios; y porque no lo quisieron,

salió de la villa (de San Salvador) y se fue a dos leguas a un pueblo llamado Perulapa, a donde fundó la población que llamó Ciudad de los Caballeros», etc.

Y esa distancia de «dos leguas», por muy mal contadas que sean, conviene más al sitio de la Bermúdez que al asiento actual; de modo que la traslación tuvo lugar después de 1530.

Por otra parte, ha sido tradición constante la de que la fundación de San Salvador en la Bermuda fué la de 1528.

Y, en fin, esta conclusión se fortalece con el hecho de que las ruinas de San Salvador en la Bermuda son indicio seguro de que la villa no pasó allí sólo tres años (1525 al 1528), sino más tiempo, evidentemente los once años que dice Juarros. (Compendio de la Hist. de Guat.), de 1528 a 1539.

Los antiguos cronistas (Herrera, López de Velasco, etc.) identifican unánimemente los lugares llamados San Salvador y Cuzcatlán, hecho que puede interpretarse en el sentido de que aquella población española se haya establecido cerca o a inmediaciones a la indiana de este nombre.

San Salvador, dicen, que en lengua de indios se llama Cuzcatlán».

Por otra parte, dada la necesidad de permanecer frente a los cuzcatlecos durante largo tiempo para dominarlos, necesidad que fué comprendida en la campaña de 1524, como se ha visto, era natural que los españoles fundaran su villa-campamento precisamente en Cuzcatlán, en esta «tierra de preseas», que Alvarado (Proc. de Resid.) dice que halló «buena y fértil» y en donde pasó en lucha infructuosa con los cuzcatlecos diecisiete días.

Las necesidades de la conquista y colonización hacían que los españoles buscaran para establecer sus colonias las inmediaciones de los grandes núcleos indianos (México, Guatemala, Cuzcatlán...) y eso confirma la presunción de que Cuzcatlán fué el asiento primitivo de San Salvador. Cuzcatlán era un recio pueblo de indios, una gran ciudad de casas dispersas que se extendía entre los lugares hoy llamados San Jacinto y Santa Tecla.

En fin, los salvadoreños desde sus primeros tiempos de vida se han caracterizado por volver a la misma localidad después de pasado el terror, consecuente a cada calamidad pública, por ejemplo, terremotos. Más de veinte veces sus autoridades y habitantes se han trasladado a otros lugares con intención de no volver nunca al primitivo asiento; la última vez fué a consecuencia del terremoto de 1854 en que se construyó la Nueva San Salvador en la hacienda de Santa Tecla; pero siempre han desistido de su «firme propósito» y han vuelto a su tradicional asiento. Natural es, en consecuencia, que lo mismo haya sido la primera vez, que al dejar La Bermuda, los salvadoreños buscaron el primitivo asiento.

En fin, el gran historiador salvadoreño, Dr. Cevallos, consigna el dato preciso de que los habitantes de San Salvador se fueron trasladando poco a poco de la Bermuda al valle de Cuzcatlán (en donde hoy está), dejando casi solas las autoridades allá, las que tuvieron que seguir a sus moradores, según Juarros en 1539, y ese hecho confirma de que los habitantes al trasladarse a este lugar, volvían al primitivo asiento.

En cuanto a los restos de la villa de San Salvador en La Bermuda, ya transcribimos lo que dice Vásquez, y

ahora hacemos lo mismo con el relato contenido en un informe municipal fechado el 15 de enero de 1860, en Suchitoto, y es el siguiente:

«Existen en la hacienda de La Bermuda, situada al Sur de esta ciudad (Suchitoto), a tres leguas de distancia, los vestigios de la ciudad que no alcanza la tradición a los tiempos de su ser; pero a la simple vista, se ven las calles delineadas, y una que conserva todavía su empedrado; las bases de las columnas de un templo con figuras en bajo relieve en sus cuatro rostros, y otras todavía más elevadas que indican haber servido a la arquitectura de la portada: se hace notar el cuadro de la plaza, y a alguna distancia se ven los cimientos de otras casas como de campo o chacra».

«Los antiguos dueños de La Bermuda hicieron uso de algunas de las bases para colocar los pilares del corredor de la referida hacienda y hasta estos últimos años que han reedificado la casa, están abandonadas por el patio las referidas bases».

«Ese espectáculo se encuentra al Sudeste de la memorada hacienda como a dos millas de distancia».

«Hay la opinión casi general, que fué la ciudad de San Salvador, exis-

tente mucho antes de la conquista; o más bien dicho, la capital de la provincia, sin que haya fundamentos para dar crédito a semejante especie, porque según la historia, la ciudad de San Salvador data de la conquista a esta parte en el lugar donde se halla».

Es lástima que no se sepa de dónde provienen los datos contenidos en este último párrafo, pues la existencia de San Salvador, «desde mucho antes de la conquista» «en el lugar donde se halla», indicarían claramente la identidad primitiva de Cuzcatlán y San Salvador, esto es, que la villa española fué fundada en 1525 a inmediaciones de Cuzcatlán, entre Cuzcatlán y Cuzcatancingo.

Por lo dicho se ve la importancia, desarrollo y tiempo que duró San Salvador en La Bermuda y cuyas ruinas se encuentran ahora al Sur del casco de esa hacienda, en el punto llamado La Primavera.

El nombre de la Bermuda, parece provenir del apellido de los antiguos moradores de la referida hacienda. Como se verá, los Bermúdez vinieron entre los moradores de San Salvador.

(Continuará).

PENSAMIENTOS DE EPICTETO

Indicio de quien progresa es que a nadie censura, ni a nadie alaba, ni a nadie vitupera, ni a nadie acusa. Nunca alardea de su importancia ni de sus conocimientos. Cuando algo le entorpece, se culpa a sí mismo. Si lo elogian, se ríe para sus adentros del elogio. Si le censuran no se defiende. Anda con la precaución de un enfermo. Elimina de sí todo deseo. Únicamente experimenta aversión a lo que dificulta el uso de su albedrío. Excita suavemente sus facultades activas respecto de todas las cosas. No le importa parecer estúpido e ignorante y, en suma, se vigila como enemigo emboscado.

La condición característica del hombre inculto es que nunca espera beneficio ni teme daño de sí mismo sino de los demás. La condición del filósofo es que únicamente de sí mismo espera todo beneficio y teme todo daño.

Kant y la Metafísica

Por el Dr. ESWALDO ROBLES.

Catedrático de Metafísica en la Facultad de
Filosofía y Letras de la Universidad
Nacional Autónoma Mexicana.

De vez en vez hemos tropezado con personas intelectuales que nos interrogan entre asombradas e irónicas: «Pero... ¿vive todavía la metafísica?» Recordemos que a menudo se nos ha invitado a concurrir a sus funerales y que hombres eminentes se han ocupado de entonar el elogio fúnebre de la ilustre difunta, puesto que la conveniencia académica y el respeto, que son algo propio del noble oficio del filósofo, los impelen a considerar como imposible, según Balfour, el dejar de reconocer la inmensa gratitud hacia Aristoteles, padre de toda metafísica.

Pero... ¿ha muerto la metafísica? ¿Estamos bien seguros de que ha muerto? ¿No se habrá confundido su muerte con la muerte de otra cosa? ¡Extraño resultado! La metafísica vive y vive ocupada al servicio de sus propios impugnadores.

Bien sabemos que Kant se empeñó en demostrar como algo imposible una ciencia pura de los números, ya que intentarlo es imponer de manifiesto las antinomias de la razón humana. El *nómeno* la *cosa en sí*. «das Ding and sich», es decir, la *objetividad* de unos, lo *absoluto* de otros, es, para el célebre dialéctico

de Koenigsberg, algo inaccesible. El saber será de lo «en mí», nunca de lo «en sí». Posición criticista que aniquila la intuición fundamental de la inteligencia, «el principio de todos los principios», la intuición del ser inteligible, *simplici perceptione intellectiva*, de la que se desprende la intuición refleja de la relación del entendimiento al ser, ya que, como enseña Santo Tomás, la intuición del ser inteligible va ordenada inmediatamente a la quiddidad de la realidad sensible, la que es captada, usaremos la expresión contemporánea, mediante la percepción sensible y en ella abstraída la *esencia* bajo la razón de universalidad, ya que ésta es ley de la inteligibilidad, y posteriormente referida al concreto existencial dado «aquí y ahora», *hic et nunc*. Posición suicida del entendimiento esta de Kant, exceso de suspicacia alambicada que engendró el pseudo problema que en Historia de la Filosofía se denomina la *quaestio de ponte*, origen de todo idealismo, ya que a *priori* se establece la limitación de la realidad al ser del pensamiento, materia prima con la que tejen su tela dialéctica los *filósofos arañas* de la escuela de Marburgo.

Bien sabemos que al lado de Kant

y de su elogio fúnebre «Prolegómenos a toda Metafísica futura», y con *inferiorísima* cabeza filosófica, encontramos la ingenua posición de los empíricos, llámense sensualistas, positivistas o materialistas, monistas de la *ley fundamental cosmológica o científica* que hacen de la física la «*scientia reatrix*» y que, como diría Edmund Husserl en frase de marcado sabor platónico, «*tienen ceguera para las ideas*».

Ya el Canciller de Inglaterra Bacon de Verulamio, fundando la tradición empírica de los filósofos ingleses, los «filósofos de los *Essays on Human Understanding*», como dice Caso, advertía gravemente: «De *metaphysica ne sis sollicitus*». Littré dirá más tarde: «supuesta ciencia de cosas inaccesibles»; y el eminente fisiólogo francés Claude Bernard, tan grande como experimentador, tan ingenuo como filósofo, encadenado a la *empeiria* de su laboratorio y de su mesa de disección, dirá de las «*res metaphysicae*»: *sublimidades de la ignorancia*.

Estas son las dos direcciones negadoras de la metafísica: un formalismo *a priori* que defiende la constructividad de los objetos en un proceso de *deductio juris* del conocimiento, un empirismo que sólo admite el dato de la sensación. Pero al lado de estos dos enemigos caminan otros menos nobles: los metafísicos vergonzantes. Víctimas del individualismo intelectual de su siglo que ama lo nuevo por lo nuevo, se apartan del viejo concepto aristotélico, eterno concepto de lo metafísico, para concebir la «*Prima Philosophia*» tan sólo como una tentativa hipotética de explicación para todo aquello que rebasa la experiencia de los sentidos.

No vamos a ocuparnos de todos

los enemigos de la metafísica. El título del ensayo lo dice claramente: «Kant y la metafísica». Nos interesa analizar el punto de vista de Kant sin disputa posible uno de los más geniales pensadores, sobre la metafísica como ciencia: *ciencia del alma, del mundo y de Dios, si fuera posible, la ciencia pura de los nómenos*.

Kant proclama la intangibilidad de la cosa en sí «*das Ding an sich*». Los fenómenos son representaciones y no cosas en sí; el espacio y el tiempo son formas *a priori* de la intuición sensible, pero nunca determinaciones dadas en sí mismas. La materia del conocimiento ofrecida mediante la intuición sensible es informada por las formas y las categorías *a priori*; los objetos se constituyen, no se dan en la intuición. Por último, los conocimientos intelectuales que vienen siendo el fruto de la sensibilidad y del entendimiento, pueden alcanzar una unidad más completa agrupándose en los moldes de la razón pura, en las *ideas*: el alma, el mundo y Dios.

La metafísica, si fuera posible, sería la ciencia pura de *lo en sí*. Ahora bien, según lo que acabamos de decir, lo en sí es inaccesible. Sos tener una ciencia de lo en sí es absurdo, sería una ciencia sin objeto, un contrasentido; jamás podremos tender un puente entre el ser del pensamiento (la representación) y el ser en sí (el nómeno), esto sólo sería posible «acudiendo al *Deus ex machina* de una armonía preestablecida» como dice el filósofo de las *Críticas* en una célebre carta a Herz. (1)

El idealismo kantiano es para nosotros evidente, a pesar de la contradicción enigmática señalada por di-

1 Carta a Herz: 21 de febrero de 1772.

versos autores, por Jacobi y por Pesch, entre otros, y que ha dado origen a la división de las escuelas neo-kantianas: idealistas críticos y realistas críticos.

Para comprender la posición de Kant en lo que respecta a la inaccesibilidad de lo en sí, nos parece conveniente sistematizar esquemáticamente su pensamiento. Así estaremos después en condición de hacer valer en su contra la tesis evidenti-sima de la inmediatez del objeto en el acto del conocimiento.

El sistema está totalmente expuesto en la sin duda gran obra del pensamiento alemán: la célebre *Crítica de la razón pura*. (*Kritik der reinen Vernunft*). Como complemento de la *Crítica* están los «Prolegómenos a toda Metafísica futura», y sus cartas. (1)

Procuremos penetrar en la base misma del sistema de Kant, en aquello que, en frase de Pesch, constituye «lo más profundo en las profundidades de Kant»: los juicios sintéticos *a priori*.

Absolutamente necesaria es esta búsqueda preliminar, pues su resultado bastará para arrojar la convicción acerca de lo ruinoso de los sistemas mismos del palacio del idealismo moderno. La *Crítica* de Kant reposa entera sobre los juicios sintéticos *a priori*. Kant mismo nos concede que si se mina este fundamento toda su teoría se desploma. «Lo que podría, dice, ser funesto para estas investigaciones, es que alguien pudiera hacer este descubrimiento inesperado: que no hay en parte alguna conocimiento *a priori* y que no lo puede haber. Mas por este lado

no hay peligro.. » (2). En otro lugar reconoce que si se demostrara la falsedad de su concepción relativa a los juicios que llama sintéticos *a priori*, esto pondría fin a toda su crítica y lo obligaría a volver al antiguo método. (3).

Kant piensa que el conocimiento reside en el juicio ya que éste es función primordial del entendimiento, el cual se denomina: facultad de juzgar. Así lo expresa en su *Crítica*: «Podemos reducir a juicios todas las operaciones del entendimiento, de tal suerte que se nos puede permitir representarlo, en general, como la facultad de juzgar».

Pero los juicios son para Kant analíticos y sintéticos, según sean explicativos o extensivos. Nos lo declara el filósofo en sus *Prolegómenos*: «Cualquiera que sea el origen o la forma lógica de los juicios, presentan una diferencia en cuanto a la materia, según que sean puramente explicativos y no agreguen nada al contenido del conocimiento, o que sean extensivos y extiendan el conocimiento dado. Los primeros se pueden denominar juicios analíticos, los segundos juicios sintéticos». (4)

En resumen: el entendimiento formula dos especies de juicios; aquellos en los cuales el predicado está contenido en la noción del sujeto, por ejemplo, los cuerpos son extensos; aquellos en los cuales el predicado añade una determinación nueva a la noción del sujeto, por ejemplo, el azúcar es dulce. La primera especie de juicios ofrece poco interés y no enriquece la ciencia; los segundos son contingentes y no poseen la universalidad propia del co-

1. Para nuestro estudio hacemos uso de la versión francesa de la *CRITICA*. Tréme yaugues et Pacaud. Alean. París. 1905.

2. *CRITICA*, p. 16.

3. *CRITICA*, p. 334.

4. *Prol. Int.* 2.

nocimiento científico, Los juicios científicos deben ser aquellos que, teniendo el carácter de aprioridad del cual se deriva la universalidad y la necesidad, tengan también las nuevas determinaciones que enriquezcan el contenido del sujeto. Estos juicios son los sintéticos *a priori*.

Examinada la base, nos queda por examinar el edificio del sistema.

Seguiremos el orden mismo de la *Crítica*:

a) Estética trascendental o sea Crítica de la sensibilidad.

b) Lógica trascendental o sea Crítica de la razón como facultad de juzgar.

c) Dialéctica trascendental o sea, Crítica de la razón como facultad del discurso.

Explanaremos brevemente la idea que se desprende de cada una de estas partes.

En todo el desarrollo de la tesis kantiana aparecen dos elementos en el conocimiento: la materia del conocimiento que es el elemento *a posteriori* y la forma del conocimiento que es el elemento *a priori*. Las intuiciones sensibles nos ofrecen al lado del elemento empírico, un elemento *a priori* que es producto espontáneo e interno del espíritu. Las formas *a priori* de la sensibilidad son el espacio y el tiempo. Son condiciones de la sensibilidad, hállanse en el mismo sujeto, son de una misma constitución: *leyes necesarias según las cuales percibe la sensibilidad sus propios objetos*. El espacio y el tiempo no provienen de los sentidos, no tienen ningún valor objetivo ni tampoco les pueden dar valor objetivo, «en sí», a los objetos, de los cuales no podemos decir que sean extensos o continuos, sino que, *como tales, nos aparecen*.

Creemos poder expresar todo el pensamiento de Kant en esta frase: *la intuición sensible se informa a través del espacio del tiempo*. La realidad nouménica no se entrega en la intuición sensible.

Las intuiciones sensibles condicionadas y subjetivadas por las formas *a priori* de la sensibilidad son agrupadas de nuevo al entrar en la esfera intelectual.

Para que el conocimiento exista, es, pues, necesario que el entendimiento, facultad distinta de la sensibilidad, agrupe las intuiciones sensibles en el molde de las *categorías*.

Son estas las formas *a priori* del entendimiento, leyes que el entendimiento encuentra en sí mismo y según las cuales emite juicio sobre las cosas; son, como expresa el filósofo, condiciones de la posibilidad del juicio.

Las categorías son tantas como diversos sean los juicios. Los juicios acerca de una cosa pueden, en efecto, versar sobre su cantidad, cualidad, relación y modalidad. Estas son las cuatro categorías fundamentales, las que a su vez contienen otras tres y que hacen el total de doce predicados posibles de una cosa. Los *fenómenos* suministrados en y por la intuición sensible no pueden servir de contenido material de los juicios, es condición previa la de ser transformados en conceptos por medio de la aplicación de las categorías *a priori*. Lo en sí, lo nouménico sigue permaneciendo inaccesible. Los juicios en los que entran las categorías como predicados no pueden reseñarnos absolutamente nada sobre una realidad extramental, sobre el *etwas* nouménico. Podemos, en efecto, decir que nuestro entendimiento juzga tal cosa como substancia, mas sin que nos sea lícito afir-

mar que esta cosa así pensada sea realmente substancia.

Los objetos constituidos en información sucesiva por las categorías *a priori* de la sensibilidad y por las categorías del entendimiento, pueden alcanzar una más perfecta unidad agrupados bajo ciertos moldes de la razón pura, a los cuales Kant denomina *ideas*. Estas son tres: el alma, el mundo y Dios. Son *a priori* y se derivan de la naturaleza de nuestra razón, son independientes de la experiencia y no reciben contenido alguno de la sensibilidad; constituyen un mundo inteligible, pero puramente subjetivo; son leyes según las cuales se piensan las cosas en unidad: *seres inteligibles puros sobre los cuales no sabemos nada positivo*.

Después de recorrer estas «profundidades tan profundas» se nos ha esfumado lo en sí. Víctimas de alucinación trascendental nos vemos en la penosa y difícil obligación de concebir fuera de nosotros alguna cosa como fundamento del fenómeno X desconocida que no es objeto de intuición. ¡El enigma del nómeno! ¿Qué es el nómeno desprendido de nuestra objetividad? Los idealistas críticos han dado la única respuesta posible: *nada*. La metafísica no puede subsistir como ciencia, pues carece de objeto, sería el tratado de la nada, la *nadalogía*, como alguien dice con mucha gracia.

Pero, por otro parte, dice Kant, los nómenos no son vanos conceptos. Los nómenos deben corresponder a algo, el concepto de nómeno no es contradictorio. ¿Pero cómo conocer que son algo? Resueltamente esto es un enigma, el enigma del nómeno. Kant nos ha enseñado, como podemos comprobarlo consultando los textos clasifi-

cados por Pesch, (1) una sucesiva contradicción: Los nómenos son *absolutamente* NADA; son *absolutamente* ALGO; son IDEA LIMITATIVA. Pero sea algo o nada la X kantiana, la consecuencia para la metafísica no cambia: LA CIENCIA DE LOS NOUMENOS ES IMPOSIBLE.

Veamos ahora delante de Kant la concepción tradicional de la metafísica y veamos cómo el intento kantiano para aniquilarla es una pseudo metafísica.

Toda la concepción tomista en materia de crítica está reaumida en la siguiente exposición del profesor Jolivet:

«La ontología es anterior a la crítica, le es lógicamente anterior como el acto del pensar y el aprehender es anterior a la reflexión sobre el pensamiento. La crítica comienza por el estudio de las relaciones entre el pensamiento y el ser: está constituido por la reflexión sobre el pensamiento y sus condiciones, y es por esto que se distingue formalmente de la ontología. Parte de la evidencia implicada inmediatamente por la aprehensión del ser inteligible, del principio de identidad y de contradicción como ley, no del pensamiento sino del ser, evidencia que resulta de la reflexión de la inteligencia sobre su propio acto, por el que conoce su naturaleza, *que es la de conformarse al ser*. (2).

En estas cuantas frases está resuelto el problema del conocimiento. Kant nos ha planteado un pseudo problema que viola la intuición fun-

1 TILMAN Pesch, S. J. — «Le Kantisme et ses erreurs». Chap. XII. «L'Enigme des Noumenes».

2. REGIS Jolivet. — «Le Thomisme et la Critique de la Connaissance». 1933. Chap. IV, p. 43.

damental del entendimiento. Se empeña inútilmente en tender un puente entre el pensamiento y el ser habiéndose encerrado previamente en el ser del pensamiento. Mas es conveniente que procedamos en la crítica en forma sistemática y tal como lo acabamos de hacer en la exposición.

En primer lugar señalaremos que los juicios sintéticos *a priori* implican contradicción. Si lo sintético es lo dado formalmente en la experiencia, nos parece imposible y aún absurdo que un juicio sintético sea al mismo tiempo *a priori*.

Además, en la formulación de la teoría de los juicios *sintéticos a priori* existe un paralogismo que consiste en la identificación injustificada e injustificable de dos significaciones de diverso alcance, y que ha señalado el eminente profesor Auguste Valensin en su estudio sobre el *Criticismo Kantiano*. (1).

El profesor Valensin formula el paralogismo en la siguiente tesis que claramente se encuentra implicada en la *Crítica*: «Lo que no es dado formalmente en la experiencia (*a priori* en un primer sentido), tiene su fuente única en el espíritu (*a priori* en un segundo sentido)».

En virtud de esta asunción, añade el eminente filósofo francés, y aprovechándose de que el principio de causalidad, por ejemplo, es *a priori* en el primer sentido, Kant, sin distinción alguna, lo trata como *a priori* en el segundo sentido. No hay sino transformación de una definición nominal en una definición real, lo que constituye, a su vez, el *el sumario de la filosofía trascendental*.

Si el concepto de causa es crea-

ción del espíritu cabe preguntar: ¿en qué condiciones un concepto tal puede cuadrar con la experiencia? La asunción kantiana es completamente falsa. No hay medio en ella para un conocimiento entre un origen empírico y un origen intelectual, o sea, entre un materialismo que recibe de la sensación el contenido del conocimiento y un idealismo que lo recibe del entendimiento mismo. Esta tesis a la que lleva la asunción kantiana no es exacta. Cabe un medio sostenido por la doctrina peripatética; no se oponen a la sensibilidad y el entendimiento en el problema del conocimiento, en la *especie sensible* la inteligencia abstrae ideatoriamente la esencia universal. (2).

Demostrada la imposibilidad de los juicios sintéticos *a priori*, por ser contradictorios, se desvanece la supuesta aprioridad, la prueba trascendental de la subjetividad del espacio y del tiempo.

Por lo que respecta a las categorías del entendimiento sólo formularemos la objeción que hacen Dunan y Zeller: Para explicar la acción trascendental de las categorías es necesario suponer predisposición y heterogeneidad cualitativa en la materia bruta, si Kant no habla de ello *debe admitirlo*. Si así es, el fenómeno varía con la naturaleza de la cosa en sí, luego ésta no es completamente incognoscible; el fenómeno sirve, en cierto sentido, para determinarla: el agnosticismo de Kant es refutado por Kant mismo. (3).

A su vez explica el filósofo español Fray Zeferino Gonzalez: «Las categorías de Kant son inadmisibles porque no reúnen las condiciones de

1. A. Valensin. — «Art. CRITICISME. Dict. Apologet. de la foi Catholique». París. 1925. Vol. I. p. 755.

2. ARISTOTELES.—Metafísica. X. 9.

3. DUNAN.—Essais de philosophie' p. 215.

la clasificación categórica». (1). La negación no puede formar categoría, porque la negación equivale a la nada, es un ente de razón; y ni la nada ni el ente de razón pueden constituir categoría. La realidad es, por su parte, un concepto trascendental y como tal trasciende todos los conceptos, como sucede con el concepto de ente; puede, en consecuencia, como el ente, ser principio de las categorías; pero no constituye categoría especial. Es un absurdo colocar la no existencia entre las categorías por que se identifica con la posibilidad o con la imposibilidad, según que excluya el acto de existir o también la posibilidad de existir.

Nos resta averiguar el problema de la *cosa en sí*. Jacobi ha dicho con verdad: «Sin la suposición de las cosas en sí, no puede entrar en el sistema; con esta suposición, no puede permanecer en él». Y es que existe una profunda contradicción en el kantismo como kantismo que sólo se soluciona cuando el sistema, en contra de la voluntad de su autor, se transforma en idealismo puro.

Para los idealistas es esta *cosa en sí* del criticismo lo que representaría el tipo único de la realidad, «el universo del realista», la X misteriosa que dice el célebre profesor del Escolástico de Jersey, el jesuita Auguste Etcheverry, en su notable tesis de doctorado en la Universidad de Grenoble. (2).

La X misteriosa es refractaria a todo modo de conocimiento sensible o intelectual, intuitivo o discursivo, inmediato o mediato, actual o posible, así aparece la *cosa en sí* de Kant. (3).

¡Verdadero FLATUS VOCIS resulta la cosa en sí! Pero no deja de ser una pura ilusión trascendental (todo es trascendental en el idealismo: el ego, la conciencia, el pensamiento, etc.), este ídolo inaccesible del idealismo moderno. Este ser que dice Valensin «radicalmente heterogéneo al pensamiento» es un incognoscible. Ser paradójico que el idealista atribuye a la posición epistemológica del realismo: La noción de un ser absolutamente extraño al objeto propio de la inteligencia. Este ser en sí, ser extraño al pensamiento, ser inaccesible al conocimiento, debe ser excluido por completo; es un puro absurdo, los realistas pensamos en esto de acuerdo con nuestros adversarios. El SER de la metafísica no puede ser este *pseudo ser* que el kantismo, en contradicción manifiesta, como lo acabamos de ver, considera inaccesible y a la vez «causa» y «fundamento» del fenómeno, y de existencia incontestable.

La metafísica es posible no como el saber de la *cosa en sí* sino como el *saber del ser en tanto ser y de las propiedades ajenas al ser como tal ser, según la clásica definición aristotélica.*

EL OBJETO DE LA METAFISICA SEGUN LA CONCEPCION TRADICIONAL

Etimológicamente la metafísica significa lo que se encuentra des-

pués de las cosas naturales (metá-tá-phusicá). Ultra-física, ciencia de lo que es superior a lo físico o sensible. Bien se sabe que el Estagirita

1. Filosofía Elemental, 5a. Ed. Madrid. 1886. Vol. I. p. 50.

2. A. Etcheverry. — «L'Idealisme Français Contemporaine». París, Alcan. 1934.

3. Idem. Obra citada, p. 200.

no denominó *metafísica* a los tratados de «Prima Philosophia»; fué el compilador de la obra aristotélica, probablemente Andrónico de Rodas, (1) quien no pudiendo reducir los catorce libros ni a la lógica, ni a la moral, ni a la física, los agrupó dándoles una denominación común: *metafísica*.

Si la colocación fué el origen de la denominación, ésta se encuentra de acuerdo con el contenido esencial: ciencia del ser en tanto ser, del ser desprendido de la quiddidad sensible, del «to-on e-on», como dice *el maestro de los que saben*, del ser transfísico, «ciencia del ser bajo la consideración formal de ser», como define la Escuela.

«La física, comenta el abate Piat al texto aristotélico, considera a los cuerpos en tanto que contienen el principio del movimiento; la matemática los considera, por el contrario, en tanto que inmóviles el arte y la moral se refieren a las reglas de acción. La metafísica se ocupa, únicamente, de lo que constituye el fondo común de todo individuo posible o dado; únicamente ella trasciende las especies de ser para no interesarse sino en el ser». (2).

Este ser real, *ser en tanto ser*, ser desprendido de la quiddidad sensible, es el objeto de la metafísica. Este ser se conoce, es perfectamente accesible al entendimiento, se le intuye con intuición eidética, se le ve con visión intelectual; no es el ser particularizado de la ciencia de la naturaleza, ni el ser vago del sentido común, ni el ser desrealizado, ser pensado, de la lógica; es el ser real

en su plena inteligibilidad: *ens in quantum est ens*. Este ser *abstractum*, visualizado eidéticamente, resultado del simple apuntar del entendimiento hacia lo real, ser desprendido y aislado de la quiddidad sensible, ser dado en sus puros valores inteligibles, es el ser de la sapiencia, es el ser de la metafísica. «Nada de transmigración de esencias», porque en lo eidético no hay espacio: veo inmediatamente en el ser del pensamiento el ser de la realidad, el ser inteligible, la esencia ontológica en el concepto, la esencia como aptitud positiva para la existencia, la esencia en tensión al término perfectivo de la actualidad. En el juicio se completa el resultado de la *simplex apprehensio*, en el juicio se abarca la existencia misma *ut exercita*, en tanto que ejercitada por un sujeto. En el *realismo inmediato* no hay problema. No nos encerramos previamente en el ser del pensamiento, no «desontologizamos» la intuición; no limitamos apriorísticamente la realidad al ser del pensamiento, intuimos el ser, aprehendemos lo real, y en el ser abarcamos los primeros principios, que son leyes del conocimiento porque son leyes del ser. No se trata de un realismo ingenuo de la actitud natural, ni de un realismo metódico, ni menos aún de un realismo crítico, simplemente de un realismo inmediato: el entendimiento volviendo sobre su propio acto, ejercitando la reflexión fenomenológica sobre el mismo acto de conocimiento, desprende la relación del entendimiento al ser. Se parte del principio de todos los principios, de lo dado, de lo más dado, de la visión intelectual del ser real como inteligible, no como pensamiento. Posteriormente se elabora la crítica como justificación o conformidad del pensamiento con el

14. D. Domínguez.—Historia de la Filosofía, p. 48. Santander, 1931.

15. «Aristóteles». Par Clodius Piat. París, Alcan. 1912.

ser. Encerrarse como lo hace el idealismo en el mundo del pensamiento es plantear un pseudoproblema, la *quaesitio de ponte*.

La metafísica es, pues, posible y

es anterior a la crítica. La metafísica es la ciencia del ser en tanto ser, del ser dado intensivamente en la visión penetrativa e iluminadora de la inteligencia.

LECTURAS PUBLICAS DE ROMA

Por JULIAN MOTTA SALAS

Daba encanto y realce a la vida intelectual entre los griegos la prodigiosa y casi divina aptitud de ese pueblo para todo cuanto se relacionase con el arte, la literatura, la filosofía, la historia, la elocuencia, en una palabra, con las altas cosas del espíritu. Todo lo que conocemos de la Grecia antigua tiene el sello y distinción de una serena belleza: si en el arte, con la estatuaria de Fidias o de Praxiteles; si en la literatura, con las obras de Homero o de Hesíodo, de Sófocles, Esquilo o Eurípides, de Píndaro, de Safo, de Anacreonte o de Teócrito; si en la filosofía, con el pensamiento siempre viviente de Platón o del Estagira; si en la historia, con los libros de Jenofonte, de Heródoto o de Tucídides; si en la elocuencia, con las oraciones de Demóstenes, de Isócrates o de Lisias.

Para no recordar sino la literatura, qué período tan brillante, tan esplendoroso de la historia humana el que, empezando en Homero, va hasta los tiempos en que, ya en plena decadencia, todavía florecen los ingenios de un Plutarco o de un Luciano! No parece sino que desde las cumbres del Olimpo hubiesen

descendido a habitar entre los hombres los mismos dioses para enseñarles los arcanos de la inteligencia, para contarles sus gracias, para iniciarles en sus misterios, para hacerles partícipes en las obras de belleza y de soberana grandeza espiritual.

Por eso la vida intelectual de aquel pueblo tiene como una participación de la eterna belleza y juventud de sus dioses. El espectáculo de la armonía, del buen gusto, de la belleza, de la templanza y del arte que domina no solamente en el mundo físico desde la cima coronada de luz de la Acrópolis, hasta las más apartadas islas del mar azul de la Hélade, lleno de preciosas leyendas, sino en el cielo mismo de la inteligencia.

El teatro convida a gozar de sus más admirables representaciones con las tragedias de los grandes trágicos y con las comedias de Aristófanes. La poesía ha encontrado un lenguaje que no se había usado nunca para cantar el movimiento y tumulto de la guerra, las emociones del corazón, las gracias de la mujer amada, los encantos de la naturaleza. La filosofía ha descubierto los más escondidos arcanos y ensanchado los hori-

zontes del mundo físico y del mundo moral. La historia ha contado las acciones de los hombres y la marcha de los pueblos, ora con honda penetración, ora con ingenuo y sabroso encanto, y la elocuencia ha arrebatado las almas con voz que ha vibrado en el aire como una música deleitosa. Es así como en Grecia viven los hombres rodeados de una atmósfera de poesía y de arte que hacen de cada ciudadano un ser por su cultura superior al de otros pueblos que no tuvieron la fortuna de vivir siempre entre las cosas que pudiesen trasladar la mente a las más soñadoras regiones.

No pasa lo mismo en Roma; su cultura no alcanza jamás, ni siquiera en los mejores tiempos de su dorado esplendor, el nivel a que llegó la de los griegos: su poesía, no obstante los méritos insignes de un Lucrecio, de un Virgilio, de un Horacio, ha de reconocer que viene de Grecia como de la fuente misma de toda inspiración; su teatro apenas existe; su filosofía es sólo un remedo, a veces admirable, de lo que en esa materia

dejaron los filósofos griegos; su historia, a pesar de las obras de un Salustio, de un Livio o de un Tácito, no ha logrado oscurecer el nombre de Tucídides; y su elocuencia, si tremoló al viento como una bandera de libertad en los labios de un Cicerón, el orador romano por excelencia, no tiene la majestuosa arrogancia, ni el pulido frasear de la palabra arrebatadora de un Demóstenes.

Grandes son, ciertamente, los romanos en sus hombres de letras cuyas obras leemos con recogida admiración; pero éstos van a Grecia y si logran vencerla y apoderarse en gran parte de su espíritu y su grandeza inmortal, es ella la que al fin y a la postre domina en sus escritos y la que hace surgir a la gloria un pueblo más bien soldado que artista, más amigo de la dominación y de las cuestiones jurídicas que apasionado de la belleza.

Con razón pudo decir Horacio que habiendo sido vencida Grecia ésta fué la que a su turno venció a su fiero vencedor y la que llevó las artes al agreste Lacio.

Graecia capta ferum victorem cepit, et artes
Intulit agæsti Lacio.....

(Hor, Epist, Lib. II, 156, 157).

Los romanos han de reconocer que apenas sí han venido los dioses a las comarcas del Lacio para habitar poco tiempo entre ellos después de haber hecho su morada entre los hijos de Grecia, al lado de la Acrópolis, en tierras del Atica, en las llanuras de la Argólida, bajo el verde Citerón, en el Peloponeso, entre los olivos de Jonia, en la isla de Creta o en las demás del mar que navegó

errante, lejos de su querida Itaca, el prudente Ulises.

Lo cual no quiere decir, por cierto, que entre los monumentos de sabiduría y de ingenio que nos dejaron los romanos no hayamos de admirar a los escritores príncipes que florecieron bajo los mejores tiempos de la Roma cesárea y de la Roma republicana, y que no hayamos de tener en precio al rey de los oradores latinos,

bien así como lo hacían los ciceronianos de la corte pontificia de León X. Pero de aquí a ver en los siglos de Augusto o de Nerón el dechado y arquetipo mismo de la estética literaria y artística que se observa en mil años de cultura griega, media alguna distancia.

No que no hubiese en Roma escritores que hoy cautivan nuestra simpatía y son trasunto y modelo de refinado gusto en los dominios del arte. Bastan para gloria de una nación, y ellos son ornamento de la literatura universal, un Plauto, un Terencio, un Cicerón, un César, un Salustio, un Livio, un Tácito, un Virgilio, un Horacio, un Ovidio, un Catulo, un Tibulo, un Propercio, un Juvenal, un Marcial, un Quintiliano, para no hablar sino de los astros más brillantes de las letras latinas. Lo que quiero decir es que el sentimiento nacional de la estética en el arte y en la literatura, la herencia de raza de todo un pueblo para aprehensión de lo que puede elevar las almas a las más encumbradas regiones del espíritu, fueron atributo casi innato del pueblo griego y no del romano, el cual, si fue grande en las letras y en el arte se debió a haber aprendido estas cosas en las escuelas o en los talleres del Ática.

En Grecia cada ciudadano es un artista que obra inspirado por los más excelsos entusiasmos de la mente y del corazón, como lo pregonan aquellos soldados de quienes cuenta Jenofonte que en las guerras contra los persas entraban cantando a los combates los himnos que les arrojaban a pelear con denuedo. En Roma, si es verdad que las legiones de guerreros tienen fuerza bastante para dominar al mundo, mas entraban a los combates ostentando el poder avasallador de los músculos que lle-

vando en los labios un canto que es como un clarín pregonero del entusiasmo y la victoria. En Roma el ciudadano tiene el instinto del arte, que es allí más bien fruto esporádico y sólo se cosecha en los cenáculos de los grandes, en los palacios de los reyes, en algunos círculos que han menester su Mecenas para mantener viva la pura lumbre que mueve a cantar y a soñar.

El arte no es popular en Roma, como en Grecia, ni la cultura se halla, como en ésta, especialmente difundida; arte aristocrático, privilegio de unos pocos, necesita para hacerse admirar de ciertas academias o de reuniones de aficionados que mantengan encendido el fuego sagrado. Gran esfuerzo se requiere para que ese pueblo de guerreros, acostumbrados a los juegos del circo y a los espectáculos de los gladiadores, se estremezca de gozo al escuchar un canto como los de Homero o una oda como las de Píndaro. Esa es labor de los iniciados, de los sacerdotes de un culto esotérico que han de preparar al pueblo para que un día, en una fecha clásica, presencie aquella admirable fiesta de veintisiete apuestos mancebos y otras tantas doncellas que en coros magníficos cantan alternativamente el *Carmen Saeculare* de Horacio, y en otra se regocije oyendo en el foro el número y la cadencia de las oraciones de Cicerón.

Es cierto que el pueblo percibe en las oraciones públicas hasta una falta de prosodia; pero para tomar parte como los griegos, con elevado sentido crítico, en manifestaciones populares en que preside un fino instinto artístico, ha sido necesaria una larga evolución del espíritu a través de los tiempos y que los escritores y artistas le inicen a fin de

que bajo los pórticos o en el foro aplauda entusiasmado un verso o un período oratorio. Tal ha sido la labor de los literatos, especialmente al trasladar a Roma aquella institución que existió también en Grecia y que en Roma acostumbraron designarla los historiadores literarios con el nombre de *lecturas públicas*.

Nisard ha dicho lo que fueron las lecturas públicas en su obra titulada *Etudes de mœurs et de critique sur les poètes satiriques de la décadence*. Aquellas lecturas, en un principio confidenciales, después bíblicas, dice ese autor, comenzaron como una moda y acabaron convirtiéndose en una institución. Probable es que los poetas hubiesen tenido en todo tiempo uno o muchos amigos de selección a los cuales hubiesen comunicado sus versos antes de afrontar la prueba de la publicidad. Por tales amigos no debe pensarse en los más severos y francos, sino más bien en los más complacientes, y puede pensarse, sin embargo, que por excepción había poetas o demasiado modestos o sobremodo seguros de su valía intelectual para consultar el gusto de algunos amigos de buen criterio y para no temer ni eludir sus consejos. Era Horacio uno de éstos, como que recomendaba a los poetas que consultasen a Quintilio Varo, pues él mismo lo había hecho y le había reportado utilidad de sus consejos. Alababa mucho también el buen sentido y sagacidad de un tal Spurio Mecio Talpa, cuyo oído era sensibilísimo a una falta de armonía y su franqueza igual, en apariencia, a su delicadeza de crítico. Horacio se había ofrecido al mayor de los Pisones como juez de sus ensayos poéticos prometiéndole que le haría escuchar, cuantas veces fuese necesario, la frase fa-

vorita de Quintilio Varo: «Corrige esto y aquello...»

.....Corrige, sodes,
Hoc, aiebat, et hoc.....

Vigilado el arte por tales críticos, mantenido en los cauces de la razón y buen gusto por esa comunicación severa entre el poeta y su censor, podía inspirar bellos versos aun a poetas que eran grandes señores, como los Pisones. Mas no hallándose bien con ello el amor propio de esa especie irritable de vates (*genus irritabile vatum*), ya había estado en boga desde los tiempos de Horacio la máxima cómoda de que la crítica no es buena sino para cortar las alas al genio. Al elevar el número de oyentes de uno a veinte y después de veinte a ciento o más, según la extensión del local, se esperó ahogar las delicadezas particulares en el tumulto de un sufragio confuso. Se organizó, en consecuencia, la prueba irrisoria de las lecturas públicas.

Un letrado excelente y hombre de gusto, tal como Asinio Polión, político honorable, antiguo pompeyano y republicano de la vieja Roma, resignado aunque no sometido a Augusto, fué el primero que concibió la idea de esas lecturas en Roma, ora fuese para hacer admirar sus tragedias, o por amor desinteresado a las letras. Lo cierto es que abrió a la vez una escuela de declamación, una biblioteca y una sala para las lecturas. La posteridad no le debe gratitud sino por la biblioteca; él mismo pudo apreciar en sus días el perjuicio que habían de causar a las letras latinas las lecturas de versos, y esos admiradores ambulantes que llegaban a hacer la digestión de sus comidas sobre los bancos que había dispuesto el poeta para sus oyentes.

No solían oír estas lecturas personas de gusto ni hombres ocupados, sino ociosos y parásitos y, especialmente, deudores, los cuales esperaban obtener con aplausos la remisión de sus deudas o la concesión de garantías. Era necesario oír con el cuello estirado, con paciencia y por mucho tiempo, pues las lecturas duraban algunas veces tres días. Cuando el poeta tomaba aliento había una explosión de aplausos que cada uno daba teniendo en mira su dinero. En cuanto a los hombres de gusto que el poeta había logrado llevar forzados a su lectura, protestaban al somormujo contra ese artificio. Sentados en los escaños más cercanos al lector, se revestían de resignación y permanecían silenciosos; miraban al poeta, que evitaba sus ojos vuelto hacia la multitud del

auditorio, como si él mismo hubiese dirigido la maniobra triunfal de que era objeto.

Augusto había fomentado las lecturas asistiendo a ellas, o como lector o como oyente, y ya viejo se había hecho reemplazar por Tiberio, que adquirió en ellas ese desdén por las letras y los letrados que hizo de su reino una época tan poco literaria. En los tiempos de Augusto la afición a las lecturas públicas estaban de moda y habían llegado hasta la locura. Todo cuanto podía convertirse en lugar de reunión servía, cuando había necesidad, para una lectura. Las plazas públicas, las salas de baño resonaban con la declamación de los lectores y los aplausos de los oyentes. Sobre el particular dice Horacio:

.....In medio qui
Scripta foro recitent sun multi, quique levantes.

(Hor., Sat., Lib. I, IV, 73 - 64).

Si por dicha iba a pasar un poeta por la plaza con su manuscrito entre el bolsillo, luego se sentía llevado de un acceso de admiración que le venía al poeta por el contacto con su querido pergamino, subía a las gradas de un templo, y allá, reuniendo en torno de sí a todos los ociosos de la plaza se plegaba gravemente el escrito y hacía una lectura aplaudida casi tanto como las bufonadas de un histrión griego. Dolíase de esto Horacio y con él todos cuantos se interesaban por las cosas del arte. Comprendía muy bien que esas lecturas

sustraían el arte a la soledad, a la meditación, y lo ponían a merced de aduladores, de charlatanes y de gentes sin gusto. No gustaba más de la lectura entre amigos, en una pequeña reunión, que de la que se hacía en la plaza pública. Si se resignaba a leer, siquiera fuese ante algunos hombres de gusto, capaces de comprenderle y sobrado francos para corregirle, era muy a su pesar. El mismo decía que no recitaba para cualquiera, sino ante algunos amigos y eso obligado, no en todas partes ni ante todo el mundo.

Non recito cuiquam nisi amicis idque coactus,
Non ubivis coramve quibuslibet.....

(Hor., Sat., Lib. I, IV, 72 - 73).

Poeta severo y reflexivo, más se fiaba en una propia revisión que en la siempre indulgente de sus amigos; temía la franqueza de estos, como si ella pudiera inducirle a otorgar demasiado valor a su sufragio.

Ovidio, llegado más tarde en ple-

no auge de las lecturas públicas, pensaba de manera distinta. Mientras que huía Horacio de esa publicidad engañosa, el otro la buscaba. Ovidio, desterrado en el país de los Getas, se queja de no tener a quién poder leerle sus versos, o si los lee, de no tener quién le comprenda.

Parvaque, ne dicam, scribendi nulla voluptas
Est mihi: nec numeris nectere verba juvat.
Sive quod hinc fructus adeo non cepimus ullos,
Principium nostri res sit ut ista mali:
Sive quod in tenebris numerosos ponere gressus,
Quodque legas nulli, scribere carmen, idem est.

(De Ponto, Lib. IV, 29 - 34),

Nullus in hac terra, recitem si carmina, cujus
Intellecturis auribus utar, adest.

(Ovid., Trist., Lib. III, 39 - 40).

Privado de auditorio se siente frío y lánguido; ya no está sostenido por aquellos aplausos de otros días, *inmenso agujón de la gloria*, como dice. Y es que ya en tiempos de Ovidio no se considera a la gloria como en los de Horacio. Es la de Ovidio una fama que ha tomado todos los caracteres de la gloria y que para colmo de ilusiones, hace más ruido y habla por más bocas. Horacio tiene necesidad de soledad; Ovidio, de publicidad, de clamores, de batir de palmas. Un abismo separaba a estos dos contemporáneos. «Muy bien justifica Ovidio, dice Nisard, el título que le di en otra parte de primer poeta de la decadencia».

Algunas veces, bajo Augusto, las lecturas públicas no son más que una costumbre. Después de Tiberio, que ni lee ni quiere que se lea, serán una institución, una ley del Es-

tado. En adelante será tenido señal de una buena política que el emperador asista a ellas. Las lecturas públicas desempeñarán el papel de cuerpos literarios, institución de otro tiempo, pero cuyo protector nato es siempre el príncipe. Vendrá después Claudio, ese emperador soñoliento que no se tomará el cuidado de poner entre sus obligaciones imperiales la de estimular con su presencia a los lectores, y luego Nerón, hombre de letras que trabajará por obtener aplausos, no ante un pequeño grupo de admiradores, como Augusto, sino en su palacio y en pleno teatro, ante el público reunido, según atestigua Suetonio. Serán tan del gusto general esas lecturas que se darán gracias a los dioses por medio de oraciones públicas y los versos del emperador, escritos en letras de oro, serán dedicados a Júpiter Capitolino.

Revoluciones militares que no dieran tiempo para leer impedirán su ejercicio ordinario de las musas y la práctica de las lecturas bajo los reinados de la Galba, Otón y Vite-

lio; pero se leerá bajo Domiciano y éste mismo leerá versos que no son de su cosecha. Sólo el reino de Nerón puede ser considerado como la edad de oro de las lecturas públicas.

El Sistema Vial Salvadoreño es Complementario al Continental

Ingeniero Simeón Ángel Alfaro

No es cosa nueva referirse al sistema vial intercontinental del mundo Americano, que dentro de pocos años marcará época en la evolución de los pueblos que interesa con sus zonas de atracción convergentes a la ruta madre, como lo es, la cinta gris que en forma de lazo fraternal se extiende desde las regiones nórdicas de Estados Unidos de Norteamérica y Canadá hasta la Argentina y Chile en la América del Sur, a través de la del Centro, ahora ávida de asimilar, más que nunca, lo mejor en todo aquello que signifique progreso integral; pero tampoco será mucho repetir el aserto de que la influencia vial es decisiva, y lo será más aún, en la vida de Post-guerra, que exigirá de ella a la par que de los otros sistemas de transporte conocidos, viejos y modernos, un eficiente funcionamiento en la coordinación de planes de influencia que deberán intervenir en la solución de los variados problemas que nos impondrán las propias necesidades de la era de paz que se avecina, estimulada con los medios científicos y técnicos que al

margen del saldo trágico deja toda hecatombe de gran magnitud como la que aún sufre el mundo entero.

Ha sido preocupación de muchos países adelantarse a los hechos que en una u otra forma de problemas nacionales o sociales se tendrán que presentar en cada caso: para unos serán los del trabajo, para otros culturales, económicos, comerciales, reconstructivos, turísticos, etc. en ese afán de vivir la vida moderna, de llevar el mundo al alcance de nuestras manos, dentro de ese marco rígido y estricto del factor "espacio-tiempo", a que se disciplinan los futuristas del presente. En ese orden de ideas que podemos decir que desde que el hombre apareció sobre la tierra asociado de su familia y desde que sus descendientes fueron formando nuevas familias, se vieron compelidos a establecer sus hogares independientes, originándose así los caseríos y aldeas, que en el transcurso de los siglos, han sufrido el proceso evolutivo de las civilizaciones, hasta convertirse, muchas de ellas, en los más populosos

y civilizados centros urbanos de la época actual.

Las necesidades de la vida, no sólo desde el punto de vista de las relaciones entre hombre y hombre, sino que del intercambio de productos y demás medios de subsistencia, implantaron la vereda y el camino rudimentarios entre caserío y caserío y entre pueblo y pueblo. De allí el origen del sistema vial, humilde como quienes lo preconizaron en épocas pretéritas de la humanidad; pero que, así como las generaciones se han venido perfeccionando en el decorrer de su existencia, el camino también ha marchado a la altura que las ciencias y el progreso le han marcado, llegando en su proceso transformativo hasta convertirse en las ornamentales vías de comunicación que hoy día son gala e índice de la cultura y el progreso que han alcanzado los países que han conquistado puestos de avanzada, en la vertiginosa marcha que exigen las modalidades de los tiempos modernos.

Desde las grandes potencias que norman las orientaciones internacionales en los más importantes aspectos de la vida civilizada, hasta las de potencialidad territorial y económica mínima, pero de idéntico anhelo espiritual para conseguir lo que se proponen, como lo es El Salvador, han dedicado especial interés, entre otros problemas, al del sistema vial, conscientes de que, la vida potencial de las grandes y pequeñas naciones sólo es digna de que se tome en cuenta en el corsorcio internacional, cuando sus principales servicios públicos están a la altura que exigen las necesidades sociales, económicas y comerciales de sus pueblos, entre los que se destaca, en cualquier latitud, el de las buenas vías de comu-

nicación.

En la realización de tan magníficos propósitos y con el fin de aparecerse a los países progresistas del Continente es que, desde hace varios años, El Salvador atiende preferentemente la construcción de modernas carreteras, que hoy día proporcionan la facilidad de viajar de uno a otro extremo del país, con la comodidad e independendencia de itinerarios que facilitan el transporte de automotores.

El sistema vial salvadoreño ha alcanzado su máximo desarrollo, no sólo en provecho de la comodidad de viajar en el interior y hacia el exterior, sino también en pro de la misma riqueza nacional, ya llevando la plusvalía a las tierras antes incomunicadas de apartadas regiones, ya facilitando la concurrencia comercial a los centros urbanos en favor del consumidor de los productos agrícolas e industriales en general.

Ni el mismo sistema ferrocarrilero, que con su poderío mecánico ha mantenido su apogeo en los últimos setenta años en nuestro país, pudo ejercer la atracción comercial que en pocos años ha conquistado el sistema vial que se ha venido mejorando cada día más en nuestro país. Ambos sistemas de transportes, el uno de características rígidas, y el otro flexible, se complementan en la expedición del movimiento turístico y comercial terrestre de dentro y fuera de la República.

Consecuente el pueblo salvadoreño con el lema que, «la civilización avanza por las vías de comunicación modernas y que los países que carecen de una buena red de carreteras se estancan», ha convertido en realidad lo que antes parecía una utopía, es decir, desarrollando un sistema caminero técnicamente estudiado y

construido, que redujera el espacio y el tiempo necesarios para viajar del uno al otro extremo del país, así como en pro del turismo internacional.

Para dar idea al turismo nacional y extranjero, de lo que hasta hoy se ha hecho en nuestro país, en lo tocante a carreteras asfaltadas, haremos un resumen de cifras estadísticas, como sigue:

El Salvador, convencido de la trascendencia de tan magna obra, ya está por terminar el trayecto de la carretera Panamericana entre las fronteras Este y Oeste, 300 Km. asfaltados, con todas sus especificaciones internacionales para las de primera clase.

Un tramo de carretera desde la costa del Pacífico hasta la frontera Norte, más de 100 kilómetros, de la misma categoría que la anterior, con cerca del cincuenta por ciento asfaltada y el resto en plena construcción.

Otro tramo desde la capital al Puerto de La Libertad, 37 kilómetros de vía asfaltada, con especificaciones similares a los anteriores.

Ramales secundarias y de tercer orden que pasan por zonas de atracción que influyen a las primeras, los cuales son mantenidos con igual interés y que suman alrededor de 1000 kilómetros.

Las obras de arte correspondientes a cada una de las categorías de caminos, entre las cuales merecen mención el grande y estilizado puente aéreo de la carretera Panamericana sobre el Lempa, 200 y pico metros de longitud, sobre el río más caudaloso que desemboca en el Océano Pacífico en todo el Continente; el puente internacional sobre el Goascorán, en la frontera con Honduras; otros dos menores, uno sobre

el Lempa en el paso Colima en la carretera del Norte, y el otro sobre el Jiboa en la Carretera del Sur.

Obras accesorias y complementarias que conduzcan a dar facilidades al transporte comercial y comodidades al turismo internacional, habrá que introducir en los países que aún no lo han hecho, tales como: centros urbanos organizados para el estacionamiento del viajero, con hoteles confortables, salones de cine adecuados; programas de rutas internas que enlacen sitios atractivos, como balnearios, paisajes de montaña desde nuestros volcanes, ruinas famosas evocadoras de nuestro pasado histórico y algo más de lo pintoresco y típico que contienen los altos picos, mesetas, planicies y vertientes hacia ambos océanos; que caracterizan en gran parte a la América con sus notables accidentes naturales, entre los que se destaca nuestra gran cadena de los Andes que, poseedora de múltiples motivos de atracción turística, invitaría al viajero a visitar aquellas regiones que la propaganda bien organizada en cada país señale como notables.

En esa forma sencilla como amplia y fraternal, es dable esperar que los sistemas viales de cada país prestarán una lucida colaboración a esos corrientes humanos de la post-guerra que, por uno u otro motivo recorran la América toda. Y es partiendo de esa base que consideramos que el sistema vial salvadoreño encaja en la forma preconizada de ser complementario al sistema vial continental.

En términos generales, y en la esperanza de elevar más aún el alto espíritu de solidaridad continental, podemos decir, que de Norte a Sur y de Sur a Norte, a través de las 21 Repúblicas Americanas, El Salvador

es sitio fraterno, en donde por razones de técnica vial, motivos amistosos y de interés turístico y comercial, tendrán que estrecharse manos amigas, al impulso de esos altos ideales Panamericanos.

En ese hermoso consorcio de ideales y esperanza de una efectiva soli-

daridad continental, esperamos que entre las variadas y modernas vías de intercomunicación actuales y del porvenir, EL CAMINO, tendrá que ser el medio de comunicación terrestre de todas las edades, manteniendo así por siempre el puesto preeminente que la civilización de los pueblos le han deparado.

Simeón Angel Alfaro.



EL PLACER DE SERVIR

Toda la naturaleza es un anhelo de servicio. Sirve la nube, sirve el viento, sirve el surco. Donde haya un árbol que plantar, plántalo tú; donde haya un esfuerzo que todos esquivan, acéptalo tú. Sé el que apartó la piedra del camino, el odio entre los corazones y las dificultades del problema. Hay la alegría de ser sano y justo; pero hay, sobre todo, la hermosa, la inmensa alegría de servir. Qué triste sería el mundo si todo en él estuviera hecho, si no hubiera un rosal que plantar, una empresa que emprender! Que no te llamen los trabajos fáciles. Es tan bello hacer lo que otros esquivan! Pero no caigas en el error de que sólo se hace méritos con los grandes trabajos; hay pequeños servicios que son buenos servicios: adornar una mesa, ordenar unos libros, peinar una niña. Aquel es el que critica, este es el que destruye, tú sé el que sirve.

El servir no es faena sólo de seres inferiores. Dios, que da el fruto y la luz, sirve. Pudiera llamársele así: el que sirve. Y tiene sus ojos fijos en nuestras manos y nos pregunta cada día: Serviste hoy? A quién? Al árbol, a tu camino, a tu madre?

G A B R I E L A M I S T R A L.

CIUDAD FUTURA

JUAN FELIPE TORUÑO

Al Doctor
Nazario Soriano

"Porque en ella tiene su morada el espíritu de inteligencia, ESPIRITU santo, multiforme, sutil, elocuente, ágil, inmaculado, infalible, suave, amante del bien, perspicaz, irresistible, benéfico, amador de los hombres, benigno, estable, constante, seguro, el cual lo puede todo, todo lo prevee, y que abarca en sí todos los espíritus, inteligente, puro y sutil".

*(Capitulos. 22 — 23. — Libro de la Sabiduría, —
Vulgata Latina).*

Mi poema tiene que ser así: sustantivo y cardinal,
pasado de un futuro que será
que estará en la existencia presente cuando el hombre del mundo
derrotado en el alma, dislocado en cataclismos humanos,
no hallando ya qué hacer con sus sentidos y sus poderes,
se fugue de la tierra en busca de lo que en ella extravió...

Así es mi poema, hecho de adelantos, entrevistos
por el otoño de mi vida, suelto en la contienda
de un más allá que no he encontrado:
ni en mi sangre, ni en mis pensamientos,
ni en mi alma...

Este es mi poema:

1—

Carne de sufrimientos dió la perla
suspendida en una órbita celeste...
Asistió el sol la enfermedad del mundo al que mataban
arcángeles llegados del infierno.

El sol lloró en su lumbre y una lágrima
se quedó en el vacío concentrando
las de todos los seres de la tierra.
Así se conformó con esencias de dolores terrestres
y con llanto de sol
el cuerpo de la Ciudad Futura.

2—

Cien mil siglos de auroras no bastaron
para calmar la furia de los hombres
y apagar sus incendios.
Tampoco fuéronle útiles el martirio sangrante de las rosas,
la dádiva del cielo en las estrellas,
ni el acento de angélicos augurios
acariciando sus esperanzas y sus duelos.
A cada giro de la tierra el hombre quiso más en sus dominios.
En cada noche penetró zonas distintas de misterio
y en cada amanecer sintió mayor angustia
por torturar destinos y manejar designios y moradas:
morada de los átomos, morada de la oruga, morada de los soles,
morada de las almas y del tiempo...

¡No bastaron cien mil siglos de auroras para acalmar sus ansias!

3—

El hombre, queriendo asirlo todo con la muerte,
estremeció los orbes,
se adueñó de maléficos poderes, torturó los costados de la tierra,
acrecentó la fiebre del delirio
y estableció su fiebre de dominios...
¡Su fiebre de dominios...!
De dominar atmósferas y mundos,
de dominar los ciclos de la vida,
de dominar y someter los éteres y, agresivo,
pretendió dominar hasta los cielos
con armas del infierno en sus entrañas
y con fuego de Dios en su cerebro.

4—

La enfermedad del mundo fué agravándose
y tanto
que sacudió los infinitos cuerpos,
convulsionó las familias astrales
para hacerlas llorar.

Y no menos lloraron las armas manejadas
en el combate inicuo al fognazo regido por el odio.
Y lloraron los vientos entorpecidos en tormentas.
Y lloraron las luces resquebrajadas.
Y lloraron los montes ensordecidos al tremendo
estertor de las aguas acuchilladas por martirios.
¡Y lloró Dios en la presencia de mutiladas formas y de ruinas!

5—

La tierra, madre en partos perennes, resistía
al delirio en aumento de los hombres.
Resistía astillándose.
Resistía sumisa, dadivosa.
Desgarrada, las brisas no tejían sus mallas de suspiros.
Degollados los árboles, colgaban sus brazos funerarios.
Las flores no besaban.
No encontraban los pájaros un bosque donde refugio hubiera.
Eran fuego las aguas estallando en incendios
y el fuego quemaba los muslos de la tierra-madre enferma.
Pero el hombre ensanchaba sus fuerzas
dominando mecánicos poderes, secuestrando y transformando
presencias naturales en artificiosos predominios.

—Albas mutiladas,
días afligidos con lamentos,
noches espantadas desvelando a la vida con suplicios,
negras lunas trajeadas con eclipses,
el aire haciendo señas desde el mástil del tiempo aniquilado,
roto el espacio y el mundo
un crepitar macabro, una guerra sin tregua,
una lucha interminada
al empuje de arcángeles llegados del infierno.

6—

Cuando un vientre fantástico a estallar
era la tierra,
el Padre nuestro, el sol, lloró su lágrima,
signo de luz que al detenerse en un punto
se transformara en carne sólida,

para que aquellos llantos de los seres,
extraviados por millones de siglos en los éteres,
fueran a aglomerarse en forma nueva,
engrandeciéndola, fortificándola, vivificándola, futurizándola.

7—

¡Ciudad Futura, perla sola,
engendada por el sol con una lágrima...!
Después de acrecentada inmensamente aquella forma,
y después de aquel génesis,
se aglomeraron las mínimas existencias de corpúsculos.
Arribaron alientos de las pequeñas vidas,
inflamáronse gérmenes, crecieron continencias.

¡Cuánto tiempo duró haciendo su talla el ser distinto!
Activos hectoplasmas nutriendo las esencias,
conformaciones diversas en intención novísima
amaneciendo en las variadas formas;
ígneas testuras sacudiéndose,
luchas sordas impulsando los vigores de la especie,
bullentes transparencias,
pegmatitas esponjando fosfóricas estructuras,
cual si los sufrimientos diluídos en lágrimas,
como si las milenarias amarguras en la tierra
al esencializarse y al corporizarse
en el huevo de lumbre solidificada,
movilizara vida en claras figuraciones,
diafanizándolas, purificándolas.

8—

Al brote de la espontánea forma
amanecieron gema, sonido, color, calor:
se abrieron la voz y los caminos,
el canto y el trabajo, el gozo y el anhelo
para tránsitos distintos a los del mundo.
La existencia era dúlcida y calma.
Ahí la grata fruta, la alegría sin atisbos sombríos,
las sendas sin espinas,
la clara y suave sombra de los árboles claros,

las bestias fraternales, los reptiles sin veneno.
 Ahí la tibia labor sin estrépitos;
 sin rencores el ser, natural en el rumbo
 de amables luchas naturales,
 poderoso sin soberbia, móvil y penetrando
 el alma de las capas más mínimas como la de las más inmensas,
 las más puras esencias como el misterio más recóndito.
 Viajaba sin esfuerzos dominando elementos
 dentro de aquella atmósfera en luces transfundidas.
 Sin esfuerzos alcanzaba distancias,
 se extendía en distancias, escuchaba a distancias y sentía
 que con él viajaban otras almas.

9—

Mansa la luz difundíase sin quemar.

Rosada en su pureza el agua fluía de los ríos,
 miraba candorosa desde el cuenco de los pozos,
 sonreía en la elasticidad de los remansos,
 en la caricia sobre semillas de cristal,
 sobre dorsos de afanes vegetales,
 irisándose en las combas de los árboles,
 manando ecos de voces que estuviesen escondidas en el viento,
 extendiéndose en regazos bienhechores
 a retener los rostros de los astros.

Con sexo de infinito temblaba el aire en ritmos
 de un extraño concierto de ternuras;
 peinaba a la lumbre desmadejando posesiones,
 reía en los contornos de las aguas que sonreían,
 salmodiaba en los altares de las casas,
 conducía el cariñoso vocablo de las hierbas,
 el hilo de sueños de las aves;
 paseaba el coloquio sutil de los insectos,
 cantaba moviendo los estambres del silencio,
 arrullaba con sus brazos viajeros
 la figura total de la Ciudad y sumiso
 aprestaba su lomo, obedeciendo, para que sobre dél
 viaiaran aquellos seres.

Sus coros erigía, danzando y gesticulando, el fuego:
moléculas de un poder hermanado
con lejanos poderes en ausencia de estrellas.

Enseñaba múltiples ojos de mujeres que fueron
incendiadas por otros fuegos que no eran esos
en que habían cabelleras de mundos extinguidos,
banderas que eran signos de la Ciudad Futura...

—El fuego bebe aromas, toma puestos con sus pies que se allegan
a donde el ser lo lleve.

Canta en las aguas, salta sobre las piedras,
se alimenta de sombras y duerme en los aposentos
de almas y de cuerpos.

10—

Aquello no era tierra, no era duro en dureza acrecentada.
Aquello era una gema de sol desconocido,
de etéricos humus transubstanciados,
de profícuos úteros dispuestos a las fortificaciones del engendro.
Olorosa la arcilla regocijada en claridades,
amamantando la semilla, alimentado las raíces,
fecundando siempre la espontaneidad creadora.
El idioma de la piedra, de la hoja, del ala,
del aire, del agua, del fuego, del cabello, del pensamiento,
era un mismo lenguaje: simple en la expresión de puras
modulaciones, leal reflejo de una fuente de voces únicas:
paisaje
del impenetrado espíritu de los instantes todos de los universos.

11—

¡Síntesis lumínica de millones de siglos de sufrimientos
la Ciudad Futura!

Su historia es larga historia del alma de las lágrimas
nutrida de congojas, de martirios, de desesperaciones;
de panoramas silenciosos dilatados en tonos diferentes:
tenebrosos o sangrientos, tristes, lujuriosos, amargos o fatales.
Por eso es que en aquella Ciudad hecha de esencias, llama blanca,
extensamente clara en su luz sólida,

—diferentes a los de la tierra— poseen los seres
corporación distinta, cristalina, rosácea y no pesan.

Sus ojos poseen triples pupilas:
para mirar a la distancia,
para traspasar las sombras
y para ver a través de la luz.
Sus voluntades las manejan fácilmente:
midiendo el tiempo, duermen y despiertan cuando quieren.
Y conocen las fuentes de ese tiempo
y la luz de su existencia...
En olores y fibras excursionan.
No existiendo para ellos los vacíos,
obtuvieron sin esfuerzos lo que terrenos seres
con sus odios y guerras conseguir no pudieron.

12—

Los hombres de la tierra investigando en los espacios
con sus telescopios de ansias y de sangre,
encontraron la forma innominada, la Ciudad Futura.
Y ellos que habían conquistado otros dominios,
quisieron ir a ella.
Fijaron la distancia, calcularon el viaje,
revisaron sus fórmulas, prepararon sus trenes hiperestratosféricos,
movilizaron sus incolmadas ambiciones y aplicaron
sus potencias dinámicas en otra rara acción
para asaltar aquel buche de lumbre.
Levantaron sus torres sobre picos abrazados por nubes...
Por helio-carriles se iría a la conquista.
Con los rayos del sol formarían la ruta y de la lumbre
extraerían la fuerza para impulsar sus máquinas.

13—

Partieron tres viajeros en un cono de auto-impulso
al que intensificaban energías de los rayos solares.
¡Y se fueron...!
Sobre el helio-carril no arribaron al punto.
Falló el cálculo y extinguieron quemados los tres hombres
a los que con ojos telescópicos seguían
los insatisfechos de la tierra.

Y otro intento y otros vanos fueron; pero un día
extraños viajeros arribaron a la Ciudad Futura.

14—

Se estremeció aquel cuerpo de orientes cariñosos;
mas extraña no fuera la presencia de los hombres terrestres
a los seres que miraban a distancia.
Pudieron entenderse. Pudieron hermanarse.
Y sometidos fueron los ímpetus del hombre terrenal.
Este sintió que una onda de calma bienhechora
dominaba en su aliento.
Sintió que se injertaba en su alma un alma nueva:
que ya su sangre no era olear de fuego, remolino de pasiones;
que el relampagueó de fatigas no estaba en su existencia.
Como en un sueño dislocado veía el cuerpo de la tierra.
Contemplaba en silencio el tremendo cataclismo de los hombres.
Memoró las hazañas, vió a la muerte viajando
espeluznante y sórdida y le agarró el dolor
de las criaturas de la tierra.
Estremeciése ínfimo, pequeño, cabizbajo, y llorar quiso;
mas sus lágrimas no amanecieron en los ojos.
Anheló regresar. Regresar
para decir de aquella dulce paz no gozada en el mundo;
para informar de aquella serenidad de lumbre,
de aquel clima de estrella, de la cándida vida,
de aquella calma tierna, alba rosa permanente...

15—

Retornaron los hombres al mundo con la fotografía
de raros panoramas en sus pupilas, con la voz tersa y serena,
tranquilo el telón amplio de la frente,
calmos los ademanes y un deseo intenso .
de fugarse del ambiente emponzoñado de los seres terrestres.
¡Y lloraron entonces!

Los hombres de la tierra apenas si entendieron
el lenguaje apacible de los viajeros, pero vieron
en las pupilas íntegro el panorama de la Ciudad Futura.
Escucharon el eco de las voces distantes

en las de los viajeros, sintieron
agitarse sus ansias por ir a aquellos ámbitos
donde los seres viajaban sin motores y vivían
sin espasmos ni sobresaltos, sin odios ni venganzas.

16—

Se establecieron rutas a la Ciudad Futura.
Por las venas de luces fueron glóbulos viajeros
los hombres de la tierra.

17—

Huyendo de sí mismo, huyendo de este mundo,
el ser terrestre arribaba al sitio magnánimo:
Ciudad que fué refugio de criaturas mundanas.
Ahí jamás lograron —estos seres que hicieron de la tierra
remolinos de infierno— trasladar sus tinieblas.
Transformaban sus ímpetus al arribar a aquellas zonas,
abolían las sañas y entraba en su sangre
y entraba en sus pensamientas y entraba en sus vidas,
la mansa alegría, la atmósfera con pliegues de lumbre
y amaban de nuevo con tibios fulgores de aurora,
en idilios con aromas, con aires acariciadores,
sin bramidos de máquinas ni resonar de cataratas mecánicas...
¡Qué lejos las malignas soberbias y furias terrestres...!
El hombre del mundo, conquistado.
El hombre que quiso dominar hasta Dios mismo, dominado.

18—

¡Ciudad Futura, purificada alma de lágrimas, carne y cuerpo
de sólidas luces, arcilla de llantos transubstanciados,
corazón de universo con ritmos de arrullos imperturbables!

19—

Los hombres del mundo tenían, así, a la nueva salvadora Ciudad.
A ella llegaban en busca de albas, de lumbres sin fuegos malignos.
A ella llegaban y no regresaban. Allí

tornábanse humildes. Y eran sencillos y eran sumisos, buscando los medios propicios para ser y viajar como aquel habitante en futuro, con el viento y el agua en el ámbito de la Ciudad...

20—

¡En la tierra se marcha en la noche!
 Se camina sobre huesos que se quejan
 cuando miden los pasos las distancias enfermas.
 Se tropieza con el llanto de la tierra en el mar
 —muro móvil del mundo.
 Se derrite el instante y el día y el año y el siglo y la vida
 en el odio.
 ¡Madre tierra de harinas y lenguas de sangre!
 ¡Madre tierra que estás en la tierra de dioses con rabia...!

* * *

Con germen de lágrimas la Ciudad Futura.
 Con esencia de sufrimientos, la Ciudad Futura.
 Con lágrimas de sol, la Ciudad Futura.
 Con salvadores luces, la Ciudad Futura.

¡IREMOS UN DIA A LA CIUDAD FUTURA!

Juan Felipe Toruño.

San Salvador, 21 de Julio de 1944.

CANCION UNICA

A Don José Matía Villafañe

¡Se está forjando ahora y está en mí sin conocerla!
 La siento, me conmueve en la sombra de tenebrosos paroxismos,
 en el fondo de mares que llevo sepultados
 y en la entraña de cielos que asuélanse en mis ansias.

Habrá de darse alguna vez esa canción:
 con el idioma de todos los días
 o con la escondida voz de su presencia
 que ha de tener ropajes de mundos lastimados;
 o desnuda, abierta en poros y dándose sin música y sin forma.
 ¿Cómo será? ¿Cómo tendrá que ser
 la Canción Unica ensayada en destrozos, angustias y plegarias?
 Ha de tener sabor de esencias y de arenas
 y mantener asidos a los astros.
 Y ha de ser mínima y ser grande y ser potente
 y modular —etérea y zodiacal y terrenal—
 su misteriosa clave.

Que se exprese en idiomas de humus y de frutos,
 con voz de piedra y con mudez de signos,
 con salmo de semilla.
 Y sea diversa y total y universal, hirviente y fría,
 lícua, ondulante y sideral y cósmica
 y humanamente humana presentando
 lo que Dios dice en sus transfiguraciones.

¡Tenga ella el instante pleno!
 ¡Traiga tinieblas de antro y sea clara!
 De odiosa extirpe mane luces de alma
 y acendre dulzuras con quimeras.
 Y tenga germen fálico:
 madre y hermana, esposa e hija, amiga
 y fraternalmente humana y celestialmente angélica.
 Fluya ritmos de amor, dolor transfigurado,

arrullo e insinuación de otro vivir.
 Y cante cantos con cantos y sin cantos
 o con lo que la palabra no puede contener.
 Irradie pulpas de corazón y sea ráfaga
 perennizando presencias de pensamiento...
 ¡Pendan de ella los siglos!

Canción mía y ajena, diáfana, guerrera y abismática,
 gesto de sombra en la sombra de noches infernales,
 luz en la lumbre de orbitaciones arcangélicas,
 bella y horrible, atrabiliaria y santa
 santificada en los combates de la raza.
 Terrenalmente deífica,
 bestialmente pura,
 purificada en la amargura, ¡todas las armaduras!

¡Canción Única, mía y de todos!
 Estás nutriendo quejas
 en los muñones florecidos en los jardines del espanto.
 Estás viendo a Satán asesinar al mundo;
 a Satán que canta en las metralas,
 que ríe en las hélices y muerde el seno de la tierra
 con el dolor de combatientes sin remedio...
 Estás sintiendo el reto de todos los mártires:
 el reto al espíritu que no sucumbe,
 el reto a la fe que no perece,
 el reto a la esperanza que ensancha sus amparos,
 el reto al optimismo, residencia de vida.

* * *

Desesperadas banderas calofríanse en mástiles enfermos.
 La tempestad arrodíllase sobre tumbas sin abrirse.
 Gritos estallidos, ecos exterminio.
 Preguntan las dinamitas y contestan las bocas de las heridas,
 o la mudez de cuerpos insepultos.

Retorcimiento de visceras, antorchas ululantes, envenenamiento
(del paisaje).

Las ciudades huyeron, inhumáronse, perecieron.
Ayer bullían chorros de alegrías en ellas.
Ayer decía su fragancia la oración.
Ayer se veían rostros de querubenes en las nubes.
Los niños bebían en sus ojos panoramas rosados.
Ayer.....! Ayer.....! Ayer.....!

Padre, madre, esposa, hermana, hija, todos, de rodillas.
Están asfixiando a la naturaleza.
El tiempo y el espacio están siendo estrangulados.
Están vistiéndolo con cementerios a la tierra:
cementerios de hombres, cementerios de árboles, cementerios...
¡Cementerios ciudades!

¡Hombre que fuiste hombre!
¡Hombre que descienes por tus entrañas al infierno!
Ayer.....! Ayer.....!

Hoy los océanos hablan otro idioma.
Hoy el éter se ha convertido en sepulturero.
Desporios de aullidos, corros de fantasmas, ebrios estrépitos,
lechos de lodo, fuego y ceniza.
El cielo se mira en espejos de sangre;
almas de hierro y cobre y acero gruñen,
vehículos en que va montado el diablo.
Cuerpos y ansias abonan futuros.
Ásperas horas tragan letanías de llamas.
Rojo más rojo que este rojo vilipendio no se ha visto.
Negrura más negra que esta negra contienda no se ha asilado no-
(che alguna.

Paso al mensaje macabro y a los ríos alucinados.
Corrientes de hierro derretido reemplazan lavas volcánicas.
Ojos de horror, miedo de vivir, ensañamiento y locura
hacen naufragar a la existencia.
No es pesadilla. No es delirio:
es vertiente de torturas que impulsa al molino mortífero

fabricado por los hombres.
Es caos, génesis de vida distinta.

¿Y ese llanto-ruego de la madre? —Ese llanto
es el llanto procurado por los asesinos del mundo.
(La tierra está degollada)
Por ese llanto se salvará la humanidad.

¡Acampa la esperanza en el hondo fervor inmortal!

¿Dónde encontrar refugio?
¿Dónde encontrar cielos sin espasmos?
Se agoniza entre alaridos de cataclismo.
De aquí saldrán pinturas para cuadros jamás imaginados.
Aquí leerá el futuro.
Aquí hasta Dios se ha puesto, sobre hogueras y pantanos,
a rezar por los hombres.

Mañana venga el poeta y diga:
aquí pasó la tromba de un siglo que fué XX.
Aquí existió la patria del mártir y del simple.
Aquí un sepulturero cavó fosas de asombro.
Aquí fué el extraño idilio de locos y de vírgenes.
Aquí fué.....! Aquí fué.....! Aquí fué.....!
Ruinas, ruinas, ruinas, espectros,
huesa de una civilización.

* * *

Pero ahí, en esa hora de entonces,
el milenarismo acento ya ha dado acento nuevo.
Ha renacido el hombre y bullen otros ritmos, fulgen otras antorchas.

Por las riberas del auxilio llegó remozada la existencia.
En este AHI, la América: lumbre y redención.
América, la virgen de otros días.
América que dijo la palabra SERA!
¡América!

La que vino en la borda de su propio destino,
que se forjó en pasiones, que se acodó en la fé
y que fundió el acento de un nuevo único canto.
Sea entonces la estirpe acorazada en luces.
Cante un alud de voces el reluciente salmo
que venció las tormentas, que hizo la reconquista
de la paz fatigando los famélicos potros apocalípticos.
América, que engendada en tres signos es la sorpresa eterna.
América, en donde viva el mundo.

Hermanos: con la sangre que es engendro de la aurora esperada
estamos tatuando el futuro.

Venga el arado y proficue los vientres estériles.
Semillas de arcanos germinen asombrando los ojos incrédulos.
Traigan los vientos las voces que en prisiones estaban
y sus ecos fecundicen las gredas de la libertad.

Y florezcan los cuerpos su entrega oportuna.
Florezcan las almas, florezcan los mares, florezcan los antros
florezca la tierra, florezca la vida, florezca la muerte.

* * *

Tremolan los sonos de fiebre.
Vivo, forjándose, está el Canto Único.
El Canto Único que está en mí sin conocerlo;
que está en todo y en todos,
que vibra en el fondo de mares que llevo sepultados
y en la entraña de cielos que asuélanse en mis ansias....

La Canción Unica! El Único Canto!

Juan Felipe Toruño.

San Salvador, mayo 1942.

Llamado con Voz de América

¡Aquí está América!
 Vengan a ella los fugitivos de la barbarie.
 Vengan a ella los de la nueva civilización.
 Vengan a ella los despojados por sus propios asaltos.
 ¡Aquí está América, la salvaje!
 Están aquí los hombres del «Continente estúpido!»
 Los hombres que «para ser simios les falta el rabo!»

Tenemos abrazos para todos.
 Tenemos pan para todo hambre
 y agua para toda sed.
 Aquí está el fogón dispuesto para cuerpos ateridos
 y está la sombra extensa y protectora.

Esta es la América que aun espera,
 la que si ayer dió oro — sacrificio en cohauló
 de sangre indígena — para colmar arcones de otros reinos,
 también hoy da su pecho al mundo y se abre
 para que en él pervivan los que quieran...
 Y venga aquí hasta el engreído
 que ya no puede con su existencia en otra parte;
 el fatigado por su ciencia, el culto, el infelice
 y el que huye de ser su propia víctima.

Para todos nuestra aorta da su savia.
 Munífica y ardiente, soñadora e idealista,
 sabe América que en el camino de los tiempos
 su consigna es bonanza inagotable y sabe
 que en el dolor halló las rutas del futuro;
 que en sus montañas y en sus ríos y en sus tierras
 está latente el destino del mundo.

¡Eso sabe y eso canta!

¡Eso siente y eso animal!

¡Triste ha sido la América!
Su tristeza es heráldica, mas su canción es símbolo.
Desbórdase en pasiones por sus volcanes en erupción
y tempestades amamanta en sus alturas.
Impetuosa y frenética, sufrida y bondadosa
tiene al trasluz el fondo de sus tesoros.

¡Aquí está América!
Vengan a amanecer los de la noche proxeneta.
Vengan a vivir esta otra vida,
a resurgir en ella hombres de cualquier parte;
porque aquí está la veta que a fuer de dar jamás se agota
bajo el potente pecho, leal y generoso.

Este es el pecho del mundo
en donde Colón lactó su eternidad.
En él nutre sus dones la existencia
y hasta el palpitar de Dios aquí se siente íntegro.

¡Venid! Venid los que creíste
ser los dueños de la tierra, de la vida
y del destino de la humanidad.
Aquí están nuestras selvas en donde el viento
se alimenta de luz.
Están los Amazonas y Orínocos y Missisipis y Magdalenas.
Ya escucharéis palabras que jamás escuchásteis
el himno exuberante y nutritivo.
Tenemos savia antigua y con ella otorgamos
la generosidad que es culto
en religión de corazones.

Aquí las regias cumbres florecidas de nubes,
los claros cielos espectantes,
las pampas en que la lumbre se recrea,
el idioma secular de inmensos bosques
con el que monologa áspera la naturaleza.
Aquí las futuras urbes,
los horizontes encendidos de llamados...

Aquí...

Aquí hasta los abismos están brotando estrellas
¡Aquí está América, la del insustituible designio!

¡Somos hermanos todos!

Los de nortes y sures y estes y oestes,
los de los treintidos rumbos, los... ¡todos!
¡Aquí tenéis la virgen de otra hora!

Locos por vuestras mismas torturas,
interdictos para manejar vuestros caudales,
paroxísmicos y extenuados de odios y de asaltos,
en nuestras fuentes refrescaréis las penas
y en nuestros suelos hallaréis seguro asilo.
Y lo que no soñásteis, lo que jamás creísteis
aquí estará: el mundo en nuestra América.

¡Cúmplase la consigna y el designio!

Devolvemos conquista centuplicada en bienes;
damos nuevamente, claramente, francamente,
sin odios, sin venganzas.
Si ayer dimos oro, también hoy lo daremos.
Vamos a conquistaros pero con lumbre de aurora nueva,
porque somos la redención del hombre.

Ya la Europa se quemó las entrañas,
carbonizó su organismo.
La tregua no es para ella y ya no encuentra alivio.

¿Qué hicisteis hombres fieras, hombres famélicos,
hombres máquinas de lo que os entregaran
aquellos que con esplendor y lucha
forjaron ciudades, laboratorios, ciencia, arte?
¿Qué hicisteis de vuestras madres y esposas,
de lo que Dios fijara en vuestras existencias?
¿Qué hicisteis del amor, de los jardines,

de la escuela, de la calle, del templo, del taller,
de los parques, del camino, del hogar?

Contestáis con idiomas que enseña Satanás.
Sóis los que os derrumbásteis cataclísmicos
y quemásteis ciudades y cegásteis caminos
y asesinásteis madres y ancianos y niños.
¡Sóis la tragedia de hoy!

Pero no ha terminado la humanidad.
Aquí está América que no sabe de los vuestros oprobios.
Aquí está América que ignora de las vuestras corrupciones.
Aquí está América con hechos protectores,
refugio para toda amargura, lumbre para toda oscuridad.

Somos los de las conquistas bienhechoras:
sin sangres, sin esclavos, sin látigos, sin muerte.
Veníos a transformaros.
Que si ayer dimos oro, también hoy lo daremos.
Y con él lo que jamás podrías obtener en otra parte:
lección de paz, creación de paz, trabajo de paz
en el pecho donde Colón lactó su eternidad.

Juan Felipe Toruño.

Oración en una Epístola

*MADRE— ¡Qué palabra para aromar
con luces los abismos!*

*MADRE— Viva no la comprendemos;
muerta la quisieramos viva.*

*MADRE— Fruta que endulza los
paladares del mundo.*

MADRE— Entrega constante, inagotable.

En la vertiente de un tierno sol de mayo me trajiste.
Dentro la anatomía de luces de diciembre me dejaste.
Partiste diseminándote en hosco panarama de huesa.
Entre' mí mayo y el diciembre de tu ida, un puente de zozobras:
eres tú. Ahí iban mis angustias, ahí iban tus empeños,
tus signos alimentando quién sabe qué resignación.
Ahí iba yo. Ahí iban mis hermanos
haciendo siete agudos puñales a tu pecho.

La existencia fué en tí hoguera
en la que se quemaban tus ansias y tus afanes.
El sol siempre te hallaba en tu rumbo de urgencias,
tu constante agonía de amapola.
Ruta la tuya ruta de puente extenso y tenso.
En ella diste hombres
puntas de angustia para sangrar tu viaje.

Cuando viniste al mundo ya estaba yo en tu lumbre.
Ya estaba yo en tu sangre.
Ya estaba en tu plegaria.
Y estaba ya en tu llanto
desde que lloraste en la sangre de Eva.
Venía desde entonces hundido en tu futuro y en tu lágrima:
hijo del tiempo en glóbulo pretérito.

Mayo y diciembre, dos bahías,
un abrir y cerrar de sepulturas.

Nací al rezo con flores a tu Virgen Santísima,
al viento que soltaba blancuras en el azul purísimo
en el ámbito tibio de León de Nicaragua
oliente a ropa limpia, a corozo, a incienso y a reseda.
Crecí escuchando el canto de la ciudad materna,
el coro de campanas que siguen aun manando
su chorro de llamadas en el rostro del tiempo;
que seguirán hablándole con lumbre a las distancias
con un lenguaje de catorce torres.

Tú sabes que fui ingerto de palidez y hurañez;
Que crecí porque Dios quiso darme rumbo a la poesía
poniendo en mis tinieblas cielos torturados.
Tu me viste ambular en busca de la vida;
mas no me viste grande como quería tu esperanza,
como querían tus fervores,
como querían tus desvelos.
Te marchaste —llorando porque ya te marchabas— tan temprano.
Te fuiste alucinada en lejanías, donde yo me encontraba,
después de que con el martillo de tu llanto
—en la antesala de tu noche—
clavaste con estrellas la caja funeral del firmamento.

Hoy te encuentro fundida en una órbita de astros.
Vibras en mi poesía sin verso.
la alientas con tu savia de madre omnipresente
y buscas esconderte para que no te vea.
Imposible.
Te siento en este pulso de viento a la sordina
que animas con impulsos celestes
y me salvas.

Te veo en Posotelga ciñendo las mañanas con tu canto delgado.
Tejes con las barbonas guirnalda oro y púrpura
para sobreponerlas en altares perpetuos.
Te contemplo alcanzando los frutos del granado
por el que Dios se asomaba en las mañanas
a que tu le rezaras con el agua del pozo desvelada.

Te venero quitándole escamas a los días con tu cuchillo de pa
 (cienci
 Te escucho meciendo porvenires con tu devota voz de brújula
 reprimiendo los gritos perdidos en tu montaña de fatigas.
 Te siento en el esfuerzo sin protestas, sin quejas,
 acariciar esperas con tu ruego
 asiendo con plegarias cordilleras de santos.
 Y aras con suspiros tu tierra resignada
 y siembras tu grano de optimismo en la fertilidad de la esperanza

Si tu cuerpo deformóse en abrazos de cal;
 si tu cuerpo confúndese en limos subterrestres
 encastillando silencios: el silencio de tu amargura disecada,
 el jugo de tus besos y sollozos,
 tus cariños y tus angustias hechos polvo;
 si tu cuerpo no retiene contornos,
 estás aquí presente en otro cuerpo más tuyo y más completo...
 (El ósculo de piedra acalló la palabra de tu forma,
 cegó mis pupilas, cuando entraste con el último lirio de la tarde
 a tu recinto de diseminaciones.)

Oyes? Oyes? Oyes?
 Retumban los cráteres del mundo.
 Asuelan torrenteras de plomo que ahogan imaginaciones.
 Los caminos se han perdido para las almas simples.
 Sólo hay un antro inmenso, inmenso, inmenso,
 y los pasos resuenan dentro de un gran sepulcro.
 Son los pasos que dicen de la nueva:
 ciudades cementerios, aspiraciones derretidas, túmulos, cruces...
 Pero ¿estás escuchando? ¿Oyes cómo las bestias
 trajean a la tierra con un traje de espanto?
 ¿Sientes las elegías de las madres?

Estás atenta ahora y me comprendes desde el fondo de un símbolo.

Madre: hoy huele a tierra muerta, a podrida ilusión,
 a sudor de fantasmas,
 a miseria de aliento y a desesperación.

Es mejor que me aguardes en tu camino, mi camino, nuestro camino.
 Mejor es que hoy solloces por esta boca mía.
 Es mejor que insepulto tu espíritu en el mío

ruegues por los que nutren de agonía a las almas,
 implores por el canto que no pudo decirse,
 por la oración que se escurrió en blasfemia,
 por las buenas intenciones que no pudieron realizarse,
 por los suplicios de los corazones,
 por los hijos sin padre, por el hijo
 que se quedó abismado sin saber lo que era,
 por el que no llegó a nacer y por el hombre
 que retorna a los instintos.

Sea tu vida en soles —donde te estoy mirando—
 más útil a las pobres cementeras del Mundo,
 este mundo trajeado de osamentas.
 Y tenga mi palabra el resplandor benigno de tu síntesis,
 la suprema semblanza de tu símbolo,
 para expresar la aurora que esperamos:
 una aurora de nuevas luces claras;
 una aurora de bellos tonos puros
 que traiga la suprema diafanidad,
 el amor del que tanto urgimos en esta hora.

Fulge madre en el polen de esta oración sin nombre,
 adentro de este cuerpo del pensamiento tuyo.
 Habré de ser sencillo cuando a tu lumbre llegue.
 Me estarás esperando, ya me esperas en tu regazo sin medida
 como lo hacías antes, aquí, en esta hoguera del mundo
 que derritió tus ansias y tus formas.

Sabes que voy, que siempre he ido, sin cansarme, sin detenerme
 y sin jamás llegar.
 ¿Me has escuchado?
 Me has escuchado y callas.

Y yo vibro en tu cuerpo de astrales magnitudes,
 tu cuerpo extraordinario en luces en una órbita de astros.
 Tu cuerpo sin figura en el coro de integraciones absolutas...

Vibro en tu cuerpo y oro.

JUAN FELIPE TORUÑO.

San Salvador a Diciembre 1942.



Antes de entrar al Paraninfo de la Universidad, un grupo de los asistentes. En el centro, el doctor Tu-Yuen-Tan, teniendo a su derecha a doña Milena de Marín, esposa del doctor Juan Marín, Miembro del Ateneo de El Salvador y Encargado de Negocios de Chile y a su izquierda al doctor Hermógenes Alvarado, Ministro de Instrucción Pública. En las extremidades, el doctor Juan Marín al lado de la esposa del Ministro del Perú y don Juan Felipe Toruño, Secretario del Ateneo de El Salvador.

Homenaje del Ateneo de El Salvador a Nacional, en la Persona

El Gobierno de China acreditó en El Salvador un representante en la persona del doctor Tu - Yuen - Tan, como Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario.

En las labores de acercamiento y como una consecuencia de las luchas en que están empeñados los hombres que sostienen principios de una cultura democrática, las instituciones toman parte, como que ellas tienen la misión de unir más los vínculos existentes en los países del globo, afianzando de esta manera conocimientos acerca de civilización, historia, geografía, costumbres y cultura.

En tal aspecto, el Ateneo de El Salvador quiso patentizarle al Gobierno y pueblo chinos, que aquí hay simpatía por sus esfuerzos y que, en existiendo la oportunidad para demostrarle tal simpatía, el ATENEO preparó una recepción en homenaje al excelentísimo Tu-Yuen-Tan, representante de aquella nación.

Es así que el 26 de julio, en el Paraninfo de la Universidad Nacional, se efectuó el acto que estuvo solemne, habiendo asistido a él los miembros del Gabinete de Gobierno, cuerpo diplomático y consular, representantes de asociaciones de cultura, de instituciones pedagógicas, periodistas, hombres de letras, profesionales y público que llenó ampliamente el local, teniendo que situarse mucha gente en los corredores.



En el Paraninfo de la Universidad, de derecha a izquierda; el Secretario del Ateneo de El Salvador Don Juan Felipe Toruño, leyendo su discurso de ofrecimiento. Sentados: Doctores: Héctor Escobar Serrano, Ministro de Hacienda y Crédito Público; Hermógenes Alvarado, Ministro de Instrucción Pública; Julio Enrique Avila, Ministro de Relaciones Exteriores; Excmo. Tu-Tuen-Tan, Ministro de China y doctor Joaquín Parada Aparicio, Ministro de Gobernación.

la República de China en la Universidad del Doctor Tu-Yuan-Tan

Presidieron el acto el Ministro de Instrucción Pública, doctor Hermógenes Alvarado, Miembro Honorario del Ateneo y el doctor Julio Enrique Avila, Ministro de Relaciones Exteriores y Primer Vocal del Ateneo, así como ocuparon el sitio de honor los Miembros de la Directiva de la Institución, señores del Gabinete de Gobierno y del Cuerpo Diplomático.

Se abrió el acto con el ofrecimiento que hiciera de la recepción el Secretario General del Ateneo de El Salvador don Juan Felipe Toruño. Le siguió en el uso de la tribuna el doctor Juan Marín, Miembro de la Institución y agradeció el homenaje al doctor Tu-Yuen-Tan.

Se publican en este número de nuestra revista el discurso del Secretario, el preámbulo del doctor Juan Marín quien habló sobre la novela antigua y moderna de China y la pieza de agradecimiento del representante de la república china.

El acto fué transmitido a control remoto por la estación radiodifusora YSS, Alma Cuzcatleca y amenizado por la Orquesta Sinfónica de los Supremos Poderes.

De esta manera se le ha querido demostrar al Gobierno y al luchador y esforzado pueblo chinos, en la persona del doctor Tu-Yuen-Tan, la simpatía de que gozan y el anhelo existente de hacer más sólidas y permanentes las vinculaciones por medio de la cultura y del pensamiento.

DISCURSO

Ofreciendo el Homenaje del Ateneo de El Salvador,
al Excelentísimo Tu-Yuen-Tan, Ministro de China,
por el Secretario de la Institución, Don
Juan Felipe Toruño

A ningún ser humano, en estos momentos de contracción de valores, le es indiferente la resonancia que tengan, posición y situación de un país frente a los acontecimientos que someten al mundo en zozobras y amarguras. Menos le puede ser a naciones o entidades que se precian de practicar la fraternidad. Por eso, EL ATENEO DE EL SALVADOR, advirtiendo la presencia en el país de un representante de China, la China republicana que naciera a la democracia por fuerza de una revolución en 1912 y que antes y después ha sufrido ataques a su constitución geográfica y vital, ha querido manifestar su simpatía en este homenaje en la persona de ese Representante, Excelentísimo Tu - Yuen - Tan, doctor en Filosofía.

En tal forma, este acto tiene, por un lado, el afecto al Gobierno que lucha en las actuales circunstancias dentro del grupo de naciones aliadas para triunfar sobre imposiciones a muerte; por otro, el aprecio a los esfuerzos de un pueblo que en el camino de los martirologios ha mantenido y mantiene tales esfuerzos sin decaer, opuesto en todo momento a los asaltos de quienes cercenaron el territorio manchuriano. Y como el doctor Tu-Yuen-Tan convive ahora

bajo el sol de uno de los países que se encuentran en pugna con las huestes nazi-nipo-fascistas, y siendo él enviado como heraldo de fraternidad ante las naciones centroamericanas, EL ATENEO DE EL SALVADOR, al rendir este homenaje, celebra la presencia de quien llega a solidificar más las relaciones que privan entre El Salvador y China.

Relación implica acercamiento. Amistad afirma calor de entendimiento. Este afluyó a la comprensión de acciones que están ligadas por nexos ideales, por hechas de defensa, dentro de la causa fundamental afín con las normas de la democracia.

EL ATENEO DE EL SALVADOR, institución de cultura que mantiene relaciones con centros de igual índole en el Continente americano, en el europeo y asiático, al residir en El Salvador uno de sus miembros que actuaba en Shanghai representando a Chile, el doctor Juan Marín, ilustre hombre de letras, le ha comisionado para que muestre en este homenaje algo de aquella civilización oriental concretada en la novela.

Es posible que el doctor Juan Marín hable de tensas exposiciones de amor o de dolor, de odio o pla-

cer, polos eternos sobre que giran los motivos en el mundo: nos describía en telones de fondo panoramas, naturales o humanos, ya sobre el Mar Amarillo en donde los celajes se esfuman con destellos melancólicos, o bien sobre el suntuoso mar de la China. Pueda que nos conduzca por las regiones milenarias del Tibet, o nos haga escuchar la sinfonía del color sobre las aguas del Yang-Tse-Kiang, el Rio Azul en el que — a sus orillas — los carrizos del bambú invierten sonidos para elucubrar en zonas de magia y de tabú. Tal vez nos induzca a ver a través de las linfas del Hoang-Ho mínimos cristalinos palacios que duermen en su fondo en el que la vida se arremolina míticamente. Es tan vario el doctor Marín y es tan hábil en sus narraciones que bajo sus dominios el misterio hace guiños y la realidad parece fugarse en alucinaciones de hat-chis. Si, nos hablará de la novela china, con su poder abismático, con su razón realista. La China aun no penetrada totalmente por excursionistas del pensamiento, por paleontólogos, etnólogos o arqueólogos: la China conocida sólo a través de sus filósofos, de sus poetas, novelistas, artistas de la pintura y de música, sumado esto en cromos religiosos del Confucionismo, fuente primordial de creencias en la fe china.

A través de traducciones llegan nombres: Lin Yutang, maestro de la

vida — como lo denominara Harry Davidson — filósofo y socialista y poeta. Estructurador de una filosofía que quiere aprehender socialismo advenido de Laot Seh; pero diferenciándose de testuras teoistas y confucionistas pasa situarse en corrientes del budhismo tratando de traer a la realidad los sueños y adentrar más en el mundo humano las esencias de una post-vida que pareciera epicúrea por el gozo con que la esplende.

Y si Wang Wei, otro poeta y filósofo, de quien ha tratado el orientalista Martín, es culterano en la China del siglo VII, si su filosofía tiende a investigar principios metafísicos orientándose en doctrinas de Confucio, pero con lineamientos budhistas, y su poesía la extrae de presencias óptimas abstrayéndose de las garras del dolor para pintar la alegría de la naturaleza y las frescuras del gozo mental en evocaciones e invocaciones, siendo su pictografía fluir de aguas en cuadros de bondad; si Wang Wei estaba en lo culterano Li Tai Peh desparramóse en las masas populares con disgregamientos de placer — con el placer mismo — encontrándolo éste en liturgias que en cultos paganos se denominan báquicas. Para Li Thai Peh, los poderes de la vida cantaban en el vino. El hombre, las energías del hombre, al obedecer a la Suprema Voluntad, lo hacían identificándose con ella por medio de los jugos espirituosos. Por eso Li Tai Peh, cantó:

«Las hojas de los sauces
muestran más fuerte su verdor.
Una copa más. Bebe una copa más,
antes de marcharte».

Es decir. antes de morir. Y agrega en su petición:

No ves que más allá
de los desfiladeros de Yang,
no encontrarás amigos,
de años atrás?

Aquellos decires iban de boca en boca del populacho, trascendiendo a estos siglos presentes sus madrigales, sus cantatas panteístas, tintes de una decoración lejana y a la vez muy cerca de nuestras constitucio-

nes emotivas. La Canción del Regreso de Li, nos habla de un más allá en que no creían los epicúreos ni los materialistas, y del retorno de seres, de lo que dudan los que no encuentran el por qué de esos regresos.

«Señor: tú que regresas
de mis viejos lares;
tú que describes las glorias
de esta tierra mía...
¿han florecido ya los aguinaldos de invierno
sobre los alféizares de mi ventana?»

Y de Li Tai Peh, podemos ir a Chien Tun, poeta del siglo IX. Chien Tun resume viajes epopéyicos en tonos de un secular paisaje agreste, Vivió él por entre los arbustos del añil, bambúes y arrozales oyendo cómo dialogaban las gotas de rocío, cómo se expresaba la luz al

quebrarse en las lejanías verde tierno de los extensos cañaverales, y cómo la humildad llevaba de la mano los accidentes de la existencia.

Epopéyico, bucólico, cantó las actividades bélicas. En uno de sus poemas, LO QUE CUESTA LA GUERRA, describe:

«Tornan los soldados
en campos de batalla
las gratas orillas del río,
las plácidas colinas
a que mi vista alcanza.

¿Cómo podrán levantar los frutos
de la tierra fecunda
los laboriosos campesinos?
¡Todo ha perecido!
¡Todo ha muerto en el incendio!
No. Que no escuchen mis oídos
las vanas palabras de ambición de gloria.
No más timbres guerreros...
No más reputación belicosa.

¡Porque para el brillo
de un solo señor de la guerra,
diez mil pobres hombres
dan sus cadáveres a podrirse en tierra!»

Y de Chen Tun podríamos avanzar a Tai-Wang-Shu y a Wang Yu-Chang, del siglo XI. Y podríamos hacer algunas referencias más; pero eso queda, precisamente, para que el doctor Juan Marín nos conduzca del pensamiento, señor de andanzas sobre los lomos de la tierra, ya en barcos, ya en aviones o bien sus actividades diplomáticas que están al lado de sus preponderancias intelectuales.

El doctor Juan Marín, Miembro del ATENEO DE EL SALVADOR, por una de esas demoras que ocasiona la guerra, no recibiera en Shanghai el título que lo acreditaba incorporado a nuestra Institución. Y no ha sido sino a su llegada a El Salvador, pocos días antes de que Cuicatlán apuntara una de esas fechas luminosas en el calendario de las liberaciones y reivindicaciones, que le fuera entregado aquel diploma credencial.

Hoy, nada más oportuno el momento para que él, en este homena-

je a China en la persona del Excelentísimo Tu-Yuen-Tan, nos diga de aquella civilización, nos enseñe algo de lo que brota de las humanas vidas, en campos o frondas donde la naturaleza se detiene para mirar, desde ese escenario que lo componen 400 millones de habitantes que miran de difeate manera a nuestra civilización occidental; que nos diga él cómo vigila el tiempo en aquel país que parece de leyenda; él que sabe diseccionar cuerpos y que tiene pupilas para oradar sucesos, paisajes, accidentes y objetos; que nos conduzca por caminos de otras vidas y que sea en estos instantes este homenaje, como quedó dicho, la expresión franca de una de las instituciones de cultura de El Salvador a la República de China en su Representante Excelentísimo Tu - Yuen - Tan.

Es la del Ateneo una solificación de fraternidad y en ello, el doctor Juan Marín dirá lo demás...

JUAN FELIPE TORUÑO.

21 de Julio de 1944.

DISCURSO

del Doctor Juan Marín, al iniciar su Estudio Sobre la
Novela China Antigua y Contemporánea

Excelentísimos señores Ministros de Estado. Excelentísimo señor doctor Tu-Yuen-Tan. Señores Miembros del Cuerpo Diplomático. Señor presidente y autoridades del Ateneo de El Salvador.

Señoras y Señores:

Me encontraba yo en deuda con el Ateneo de El Salvador desde el año de 1941, fecha en que esta alta y prestigiosa institución me hizo el honor de designarme Miembro Correspondiente. Desgraciadamente para mí, el diploma que acreditaba esa honrosa calidad y la carta en que se me transmitía la noticia, nunca llegaron a mis manos allá en el distante y convulsionado Shanghai a donde me habían sido dirigidas. La traición japonesa de Pearl Harbor marcó para nosotros, los residentes en el Extremo Oriente, una fecha: el ocho de diciembre de 1941, en que quedamos totalmente aislados de nuestro caro continente americano.

Pero los caminos del mundo se han ido haciendo cada día más cortos y los azares del encuentro cada vez más fáciles y pródigos que antaño. He aquí que el 23 de marzo de este año de gracia de 1944 ponía pie en la muy noble Villa de San Salvador de Cuzcatlán y pocos días después, el señor Secretario del Ateneo, mi culto y distinguido amigo don Juan Felipe Toruño, me hacía entrega personal de aquel diploma que los correos habían devuelto de no sé

qué parte de la inconclusa y extraviada ruta.

Se me presenta hoy la magnífica oportunidad de saldar mi cuenta con el «Ateneo de El Salvador», testimoniando públicamente mis agradecimientos por la distinción que tuvo a bien conferirme y que, más que como un mérito de mis trabajos literarios, yo acepto como muestra de elevado compañerismo intelectual inter-americano.

Al mismo tiempo —y como hubiera algo de Providencial en estos designios— ha querido el Destino que mi incorporación efectiva a las labores del «Ateneo» sea o coincida, justamente, con la celebración de un magno acto de homenaje a China. Concurro, pues, gustoso a unir mis sentimientos a los ya expresados por las autorizadas voces ateneístas para rendir mi tributo de admiración y de simpatía a la gran nación China a la cual he aprendido a amar, a admirar y a sentir en mis años de residencia en su suelo, como representante de mi país ante el Gobierno del Generalísimo Chiang Kai - Shek, uno de los grandes líderes del mundo de hoy.

Y para armonizar estos dos elementos emocionales que obran tan poderosa como simultáneamente sobre mi espíritu, elegiré en esta ocasión en que por primera vez ocupo la tribuna del «Ateneo Salvadoreño», como tema de mi discurso un tema de China, un «Estudio sobre

la novela china, antigua y contemporánea».

Estoy usando en estos momentos materiales de mis libros que como inapreciable bagaje intelectual traje desde el País de Cathay, libros que se encuentran ya tal vez circulando en tierras de Sud-América o a punto de circular. Estos libros constituyen para mí algo de lo más valioso

en mi producción literaria y son fruto de una madurez espiritual promovida o acrecentada al contacto con el Oriente y sus filosofías, su arte y sus paisajes.

Quiero, finalmente y antes de entrar en materia, agradecer al señor Secretario del Ateneo sus benévolas y generosas palabras de presentación.

DISCURSO

de Agradecimiento al Ateneo de El Salvador, por el Excelentísimo Tu-Yuen-Tan, Ministro de China

Permítaseme rendir mis expresivos agradecimientos así como mi sincero aprecio a todas las personas aquí presentes por tan amable demostración de homenaje para mi patria y por los honores extendidos a mi persona. Igualmente quiero expresar mi reconocimiento merecido a mi distinguido colega, doctor don Juan Marín, por su estudioso y brillante discurso sobre Novelas Chinas Antiguas y Contemporáneas. Al decir estas pocas palabras de reconocimiento, deseo expresar ligeramente mi opinión sobre unas características de la Cultura China en relación con la Paz Mundial y de Democracia: con la razón porque la China puede resistir tanto tiempo; y con el propósito del Ateneo de El Salvador. Digo ligeramente, porque el tiempo no me permite extenderme cuanto desearía en tan extenso sujeto, como lo Cultura China, cultura que ha florecido desde más o menos cuatro mil años.

Primeramente, veamos algo sobre

la Cultura China y la Paz Mundial. Los habitantes de la China son reconocidos mundialmente, no sólo como una raza pacífica, sino que amante de vivir en paz. Esta manera de ser se debe principalmente a la influencia del Confucionismo. Confucio vivió en una era cuando prevalecía el libre pensamiento: existían además, varias escuelas filosóficas que le rivalizaban. Algunos filósofos entre ellos, Laot-ze, predicaban la política de «laisse faire» así como la inanición, insistiendo que, para el bien de la humanidad —entre menos Gobierno— mejor. Otros pensadores como Su-Ching, se dedicaban a lo que nosotros podíamos llamar —el equilibrio de poder— y aún otros creyendo en la maldad del género humano, sostenían a la fuerza como un instrumento necesario de la política estatal, instrumento para la conquista del mundo y para la supresión de rebeliones internas. Lo que sí tenemos que recordar, respecto al fondo cultural y Ético de la raza

china, es que, el Confucianismo surgió con triunfo completo desde ese temprano choque de ideas. Confucio y sus discípulos insistieron en una orden racional y moral, como medio de la salvación para la humanidad. El mismo gran sabio, predicaba el ideal de la hermandad universal y contemplaba un mundo en el cual la humanidad viviría en paz y armonía. El mismo dijo «Dentro de los cuatro mares, todos somos hermanos». El uso de la fuerza para la causa de engrandecimiento propio era denunciado vigorosamente por él. El Doctor Sun-Yat-Sen, fundador de la república China, no solamente creía en estos principios sino que, los propagaba..... del estado mundial... según Confucio: El Generalísimo Chiang Kai-Shek, discípulo ferviente del Doctor Sun-Yat-Sen, declaró recientemente: «La idea de fraternidad universal es innata en la raza China». Este era un pensamiento dominante del doctor Sun-Yat-Sen, quien en repetidas ocasiones lo probó con hechos que lejos de ser visionario, era uno de los más grandes realistas del mundo. Jamás ha tenido la China la intención de sustituir el Imperialismo Occidental en Asia por un Imperialismo Oriental, o de aislar a otros. Sostenemos que es nuestro deber desechar la mezquina idea de alianzas exclusivas y coaliciones regionales que a la larga traen mayores guerras, para avanzar hacia una efectiva organización de unidad mundial. A menos que una verdadera cooperación universal sustituya al aislamiento, y al imperialismo en el nuevo mundo de Naciones Libres e Interdependientes, no habrá seguridad duradera ni para vosotros ni para nosotros».

En segundo término, hablaré sobre la Cultura y la Democracia chi-

nas. El pueblo chino es un pueblo democrata; son celosos de los derechos humanos y siempre han creído que los poderes del gobierno deben ser ejercitados únicamente con el consentimiento del pueblo. Mencio escribió en el tercer siglo antes de Cristo: «El pueblo ante todo, el Estado menos y el Rey aun menos». Según el doctor Hu-Shin, ex-Embajador en los Estados Unidos de América, existen tres factores que constituyen la fundación histórica de la Democracia China. El primer factor es, que, comenzando con el segundo siglo antes de Cristo, la tradición del reparto por iguales partes de la propiedad entre los hijos de una familia, fué adoptada por todas las clases y ha traído como resultado inmediato, la igualdad de la riqueza y como consecuencia, una estructura social sin distinción de clases. El segundo factor es que, desde el comienzo del séptimo siglo hasta nuestra época, el sistema principal en cuanto a la selección de las personas para los empleos públicos, ha sido por medio de exámenes a base de competencia abiertos para todas las clases, sin distinción de familias, riquezas, religión, o raza. El tercer factor es que, la China siempre ha creído en la importancia de la franca censura como única medida para que el Gobernante conozca sus propias faltas, la desastrosa política de su Gobierno, y las quejas del pueblo. Referente al sistema de exámenes, un notable escritor inglés ha dicho: «La civilización china es única por el hecho de que ha prevalecido durante un período largo, sobre una base moral y literal. Ellos tomaron la filosofía política y moral de sus filósofos como el camino hacia los puestos públicos... como medio directo para la obtención de la riqueza, el poder y

el prestigio... El militarismo era odiado. El arte de aprender, por falta del cual las naciones perecen, fué deificado como no ha sido en otro lugar. La moralidad es la esencia del progreso y de la supervivencia nacional. El sistema social de la China no puede menos que haber tenido el mayor beneficio y elevado efecto de carácter nacional, y su resultado ha sido una nación de cuatrocientos millones de Chun-tzu, hombres ideales, hombres superiores y caballeros, ciudadanos de porte digno; formando la nación más grande del mundo de todas las épocas: distinguida por la ausencia de la vulgaridad y la indecencia pública.

En tercer lugar, la razón por qué la China ha podido resistir la agresión japonesa tan largo tiempo, puede ser explicada, «por la guía del generalísimo, por la vida económica y por la preparación moral del pueblo chino. China luchó sola contra el Japón durante los primeros cuatro años y medio de la guerra actual con enormes desigualdades. Ha sido el Generalísimo quien ha sostenido al pueblo chino en una nación unida. El mismo Generalísimo ha mantenido al gobierno y al pueblo de la China en la tarea impuesta por el destino durante sus más oscuros momentos de soledad. Económicamente, la China es un país agrícola y el ochenta por ciento de su pueblo es de campesinos. Mientras la China tenga hombres y alimentos, podrá luchar hasta un tiempo indefinido. En un reciente artículo publicado en la revista norteamericana «Life», el señor R. H. White, dijo: «La verdadera ecuación de la resistencia china es sencilla. El campesino produce dos cosas: alimentos e hijos. El campesino es la gran materia prima para la guerra en la China. La enseñanza

espiritual es el factor de mayor importancia en el sostenimiento de la moral y de la disciplina del pueblo. El Confucianismo ha enseñado a su pueblo la observación y práctica de la lealtad, amor filial, decoro, rectitud, honestidad y muy en particular el sentido de honor. Ambos, Confucio y Mencio doctrinaban que la vida debía ser sacrificada en consideración al honor y rectitud.

Permítaseme mencionar algunas importantes doctrinas del Confucianismo para el entrenamiento moral: «Mas vale morir de hambre que sacrificar el honor». «Nunca huyas de la muerte por la patria en época de crisis». «Un hombre erudito puede ser muerto, pero no humillado». Los patriotas y los mártires deben ser adorados; y los traidores deben ser condenados. Tales enseñanzas tan honradamente arraigadas en la mente del pueblo chino por miles de años han constituido el sostén de su espíritu y moral intrínseco; y, son el baluarte de la Nación China. El espíritu decae algunas veces, pero una vez que se reafirma, llega a ser más vigoroso que nunca. Por esta razón, aunque el pueblo chino es amante de la paz, una vez provocado o forzado a luchar por su existencia, toma la determinación a luchar hasta la última gota de sangre. Es un hecho conocido por el mundo entero, que en los siete y pico de años de la guerra chino-japonesa; y, hay muy pocos prisioneros de guerra chinos en manos de los japoneses; y, hay muy pocos oficiales de alto rango que se hayan rendido al enemigo.

Finalmente, mencionaré la doctrina de un destacado estratégico chino, conocido como Sun-Tze, quien vivió allá por los tiempos de Confucio. Este estratégico escribió «el arte de la guerra», el cual es pro-

bablemente el más grande clásico de la Ciencia Militar de la lengua china. Dijo él; «Un ejército vejado debe triunfar», significando que, la victoria final la alcanza el ejército que lucha por la reparación de la injusticia; el ejército que lucha por una causa justa. Este grito de combate es creído fervientemente por el pueblo chino; asimismo, está escrito hondamente en cada corazón chino... que China vencerá y que la causa común de las Naciones Unidas prevalecerá sobre la tiranía de agresión del Eje.

En conclusión, no puedo menos que alabar sinceramente la labor y el propósito del Ateneo de El Salvador; pues reconozco que el Ateneo es una organización cultural comprometida a sostener el sentimiento de fraternidad. De tal manera, su propósito está en consonancia con el espíritu de la cultura china. Por supuesto, que la cultura china y la cultura occidental son esencialmente diferentes, y cada una tiene sus méritos intrínsecos. Hablando en un sentido general, la cultura china es estática y espiritual; mientras que la cultura occidental es dinámica y material. Los preceptos que guían la cultura china, según un célebre escritor occidental, son: humanidad, justicia, lealtad y clemencia; en oposición al utilitarismo y al poder.

Sin duda alguna, las dos distintas culturas se han influenciado entre sí, pero usando la expresión de Kipling: «El Oriente es el Oriente; el Occidente es el Occidente y jamás se juntarán los dos». En lo que respecta a la China y El Salvador, no pretendo que un chino corriente sepa más acerca de El Salvador, pues seguramente no sabrá más, que lo que un salvadoreño conozca acerca de la China. Ya que en la actualidad, somos aliados por una gran causa, me parece aconsejable que deberíamos conocernos mutuamente un poco más; y, apreciar los ideales de cada una de nuestras naciones; así como el fondo cultural y social. A fin de lograr una mejor comprensión y una mejor cooperación cultural entre la China y El Salvador, me parece absolutamente necesario, el estímulo del estudio de cada uno de nuestros idiomas como único medio seguro para obtener acceso a cada una de nuestras culturas. El intercambio de libros, profesores y estudiantes; así como el emprendimiento de otras actividades culturales. La comprensión y cooperación son la primera piedra para el establecimiento de la solidaridad internacional y para una paz mundial permanente. Lo cual es la mira de la China y El Salvador.

HE DICHO